



**Pasados Presentes**

## **Historias detrás de las memorias**

### **Un ejercicio colectivo de Historia Oral**

*Patricia Flier*  
(coordinadora)

*Prólogo de Alessandro Portelli*

# **Historias detrás de las memorias**

## **Un ejercicio colectivo de Historia Oral**

*Patricia Flier*  
(coordinadora)

*Prólogo de Alessandro Portelli*

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Victoria Lucero

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2018 Universidad Nacional de La Plata

Colección Pasados Presentes, 1

ISBN 978-950-34-1604-4

---

**Cita sugerida:** Flier, P. (Coord.) y Portelli, A. (Pról.). (2018). *Historias detrás de las memorias : Un ejercicio colectivo de historia oral*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados Presentes ; 1). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>

---



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional  
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

**Universidad Nacional de La Plata**  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

**Decano**

Dr. Aníbal Viguera

**Vicedecano**

Dr. Mauricio Chama

**Secretaria de Asuntos Académicos**

Prof. Ana Julia Ramírez

**Secretario de Posgrado**

Dr. Fabio Espósito

**Secretaria de Investigación**

Prof. Laura Lenci

**Secretario de Extensión Universitaria**

Mg. Jerónimo Pinedo

**Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión**

Dr. Guillermo Banzato

## **Colección Pasados Presentes**

### **Directora de la Colección**

Patricia Flier

### **Consejo editorial**

Alessandro Portelli

Bruno Groppo

Pilar Calveiro

Rita Segato

Gerardo Caetano

Carmen Norambuena

Enzo Traverso

Silvia Dutrénit Bielous

### **Secretaria de Redacción**

Lorena Cardona González



# Índice

## [Prólogo](#)

*Alessandro Portelli* ..... 9

## [Lo que hace diferente a este libro](#)

*Patricia Flier - Lorena Cardona* ..... 17

## [Lo que hace diferente a Alessandro Portelli](#)

*Lucía Abbattista* ..... 31

## **Historias Resistentes**

### [Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974](#)

*Andrea Raina* ..... 63

### [Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular](#)

*Axel Binder* ..... 101

### [La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista \(1955-1965\)](#)

*Anabella Gorza* ..... 135

## **Historias Incómodas**

### [Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina](#)

*Victoria Álvarez* ..... 181

<a href="#"><u>No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares</u></a>	
<i>Eleonora Bretal</i> .....	209
<a href="#"><u>Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico</u></a>	
<a href="#"><u>Manuel Rodríguez</u></a>	
<i>Javiera Robles Recabarren</i> .....	245

## **Historias Representativas**

<a href="#"><u>El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario</u></a>	
<i>Patricia Flier</i> .....	273
<a href="#"><u>“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz</u></a>	
<i>Lorena Cardona González</i> .....	301
<a href="#"><u>La leyenda de la X'tabay: el imaginario colectivo y la performance cíclica oralidad – escritura</u></a>	
<i>Yazmín Conejo</i> .....	337
<a href="#"><u>Sobre los autores</u></a> .....	365



# Prólogo

*Alessandro Portelli*<sup>1</sup>

Lo que sigue no es tanto un comentario sobre este libro, inusual y fascinante, sino una serie de reflexiones e ideas surgidas de su lectura y de la experiencia de la cual nace. Canta Bob Dylan en una de sus canciones más memorables, *there are no truths outside the Gates of Eden*, no hay verdades fuera de las puertas del paraíso. A su vez, el cómico italiano Corrado Guzzanti afirmó, en uno de sus chistes más famosos, personificando la parodia de un gurú de la televisión: “La respuesta está en ti, pero es la equivocada”.

Este libro podría leerse como una reflexión crítica de estas dos frases. Ambas se enfocan en la relación entre lo que está adentro y lo que está afuera, y en ambos casos, la pretensión es que la verdad siempre está “adentro” y que afuera no existe más que el desierto. Bob Dylan evoca la idea de una “verdad” sagrada, que puede considerarse como algo celosamente custodiado y protegido, inaccesible a los profanos, privilegio de los sabios y de los cultos —una forma de verdad que en la academia conocemos bien y que todavía perdura—, una verdad interior, idiosincrática, inverificable. Guzzanti sugiere, con su ironía, que quizás existe una realidad material fuera de la conciencia que debe tenerse en cuenta. La historia oral ha estado mucho tiempo fuera de las puertas del paraíso, no tanto porque cuestiona estas “verdades” como tales, sino porque las obliga a confrontarse entre ellas.

Por un lado, la historia oral reconoce y practica los procedimientos de verificabilidad y rigor documental de la mejor historiografía clásica: trabaja tanto en el campo como en los archivos, y de este modo obliga a la “verdad”

---

<sup>1</sup> Traducción de Lorena Cardona González.

escrita y fija en los documentos de las instituciones a confrontarse con las múltiples “verdades” que existen afuera, en el mundo más allá de las puertas. Se practica tanto en el interior de la universidad como fuera de ella, por historiadores “descalzados”, militantes, apasionados, incluso “diletantes” —en el mejor sentido de la palabra, que se refiere a la búsqueda del conocimiento también como un placer— que a menudo obligan a los historiadores a tomar nota de los acontecimientos y presencias que existen fuera de sus fuentes. Sin embargo, en ambos casos, los resultados de la investigación, dentro o fuera de las puertas de la academia, están sometidos a los mismos criterios de verificabilidad y a los mismos procedimientos de interpretación.

Por otro lado, la historia oral ha llegado a un acuerdo, desde un principio, retomando una definición del novelista americano Nathaniel Hawthorne, con lo que he llamado “la verdad del corazón humano”, y que una historiadora importante como Luisa Passerini formalizó en términos de “subjetividad”. El aporte fundamental de la historia oral durante al menos dos generaciones de investigadores fue el reconocimiento de que la realidad “interior” e intangible —la subjetividad, la memoria— no son distorsiones de la historia, sino que esos mismos hechos históricos son construcciones de sentido que tienen un impacto sobre las elecciones y los comportamientos de las personas, y, por tanto, actúan concretamente en la historia. Pero precisamente por esta razón, la historia oral jamás ha asumido estas “verdades” como intangibles e inverificables; siempre ha sabido que las respuestas subjetivas a nuestras preguntas pueden ser, con respecto a la materialidad de los hechos, “equivocadas”. Si mis compañeros ternanos ubican un evento simbólico en el tiempo y en el contexto equivocado, si mis interlocutores romanos atribuyen la masacre nazi de las Fosas Ardeatinas a una inexistente responsabilidad partisana, la tarea de la historia oral no es tomar nota diciendo, banalmente, “es verdad para ellos...”, o abandonarse dentro de la superficial vulgata posmoderna diciendo “tenemos solo las historias y todas las historias son equivalentes”, sino —con todo el respeto por las personas— someter estas “verdades” interiores al escrutinio de la verificación.

En otras palabras, la “verdad” no está ni dentro ni fuera de las puertas del paraíso, ni adentro de la conciencia individual ni fuera de ella: está en los confines, en el lugar donde lo interno y lo externo, la subjetividad y la historia, la institución y el espacio social se encuentran, dialogan, chocan y, en este

proceso, ambas cambian de piel, se redefinen y se vuelven más ellas mismas. *Dia/logo* significa precisamente esto: una palabra que va más allá, y que en este proceso se desdobra, se transforma, se articula. Diálogo significa hablar a través de, más allá de, por encima del paraíso o de las barreras de la subjetividad. Significa abrir —o, al menos, entreabrir— estas puertas (me viene a la mente el título de una novela americana de un género totalmente diferente, *The Gates Ajar*, “Las puertas entreabiertas”, de Elizabeth Stuart Phelps, 1868), para que las personas puedan entrar y salir, quedarse en el umbral mirando en ambas direcciones o, siquiera, tener una idea de lo que hay del otro lado.

A medida que aprendí la historia oral, haciéndola, me di cuenta de que la mayoría de las veces esto es lo que hacemos. Hacemos el trabajo del historiador, tratando de reconstruir, de la manera más confiable posible, los hechos del pasado; hacemos el trabajo del antropólogo o del psicólogo, tratando de reconstruir las construcciones culturales y mentales de las personas; y, finalmente, hacemos el propio trabajo del historiador oral, navegando en la tierra de nadie entre los hechos y la subjetividad, intentando comprender de qué manera estos hechos generan esas construcciones culturales o cómo las culturas y las ideas le confieren sentido y relevancia a la materialidad indistinta de los hechos. Por esto, frente a las respuestas “equivocadas” no nos limitamos ni a tomarlas paternalmente como “verdad, para ellos...”, ni a descartarlas porque son erradas, sino que nos preguntamos qué significan; y de algún modo, porque son “equivocadas” nos hacen comprender más a fondo el impacto de los hechos materiales sobre las conciencias. A veces tengo ataques de *hubris*, y pienso que la historia oral es algo más vasto y complejo que la historia pura y simple; que la historia oral no es una contribución a la historia, sino que esta última es solo uno de los muchos instrumentos que son necesarios para quien quiere aventurarse en la tierra de nadie de la historia oral. ¡Pero no exageremos!

Este libro es insólito y fascinante porque, nacido de un seminario del cual formé parte, extiende la práctica del diálogo a otra dimensión, que es la de la relación entre quien “enseña” y quien “aprende”. Es un aspecto que me toca profundamente, ya que he sido profesor universitario toda mi vida, pero a menudo he terminado practicando y enseñando disciplinas que estaban fuera de las puertas de mi campo disciplinar e institucional (¡jamás fui docente de historia, de antropología, y mucho menos de historia oral!). Trataré de explicarme con un ejemplo.

Los estudiantes italianos a menudo tienen la costumbre de tomar apuntes afanosamente, como si escribieran bajo dictado, atentos a no perder ni una palabra —y, por tanto, destinados a perderse muchas cosas, porque mientras escriben no pueden escuchar. Recuerdo que en clase había una estudiante que no hacía eso. Estaba sentada, escuchaba, y cada tanto tomaba la lapicera y escribía. Y cada vez que lo hacía, yo pensaba: debo haber dicho algo. Después de un tiempo, más o menos conscientemente, en las lecciones comencé a subrayar y a articular más a fondo los aspectos sobre los que la había visto tomar nota. De este modo, sin decir una palabra, una estudiante (que no por casualidad hoy enseña literatura en una universidad inglesa) contribuyó desde el aula a cambiar las lecciones de la cátedra.

En otras palabras, es válido para la relación didáctica lo que en otros contextos he escrito sobre el momento constitutivo de la historia oral, la entrevista: si al final de la entrevista (de la lección, del seminario) no salen todos cambiados —entrevistados y entrevistadores, estudiantes y docentes— entonces, probablemente, se perdió el tiempo. También por esta razón, siempre preparo las clases como lo hago con las entrevistas: con una idea general de lo que tengo en mente, pero sin una estructura preconcebida, confiándome a la sensibilidad, al oído, y —sobre todo— a la contribución dialógica expresada o implícita de los interlocutores para decidir, de vez en cuando, qué hacer y qué decir.

Este libro dialoga, justamente, con una experiencia de este tipo: el seminario de historia oral que tuve el privilegio de dictar en la Universidad Nacional de La Plata gracias a la invitación de la profesora Patricia Flier, de sus colegas y colaboradores. La forma y el contexto del seminario fueron una refutación directa a la modalidad académica de enseñanza en la que el conocimiento pasa de forma unidireccional del docente a los alumnos. Si es cierto que la entrevista de historia oral es un “experimento de igualdad”, el modo en el que se desarrollaron nuestros encuentros iba en la misma dirección. No fue solo la disposición misma del espacio, en forma de círculo abierto, con el mate circulando (¡esta fue una de las cosas que aprendí!), sino la conciencia inmediata del dato constitutivo de cualquier diálogo: y es que los estudiantes, como los narradores en las entrevistas, sabían cosas que yo no sabía y que mi enseñanza también era una experiencia de aprendizaje.

La igualdad comenzaba desde el lenguaje: quizá yo tenga más experiencia que ellos en la historia oral, pero trataba de narrárselas en un idioma que ellos

conocían y que yo intentaba, todo el tiempo, de imaginar e inventar, y por eso solo hablé gracias a su tolerancia y comprensión hacia mi ignorancia. Pero aún más importante es que lo que lograba decir tenía un sentido únicamente si era reelaborado por su inteligencia, conocimiento e imaginación. Hablar de Terni, de Roma o de Kentucky habría sido simplemente un ejercicio académico si todo no se hubiera transformado porque tenía sentido en Argentina, en Colombia, en Chile. Bastaba escuchar las preguntas, las intervenciones, los comentarios para entender que todo lo que sabía e intentaba compartir tenía un significado posterior y mucho más diverso de lo que había creído hasta entonces, en un contexto político, histórico y social como el latinoamericano, del cual, hasta entonces, tenía un conocimiento muy superficial y del cual aprendí mucho de las intervenciones de los participantes del seminario y de sus escritos. Todo culminó con una inversión de roles, en la que yo fui entrevistado, y —como es justo que suceda con cada entrevistado— salí de ella teniendo una idea ligeramente diferente de mí y de mi trabajo; y con la publicación en Argentina de la más completa colección de mis ensayos.<sup>2</sup> Pero, sobre todo, lo que obtuve de este encuentro fue una forma de mirar la historia italiana, de la cual me he ocupado —el fascismo, la ocupación nazi, la violencia y la resistencia— en una visión comparada y más amplia que me enseñó otra perspectiva y me dio mucha más profundidad.

Por esto, leo este libro como un raro privilegio: como un espejo que me revela el sentido y la utilidad de mi trabajo a través del uso creativo que hacen de él los investigadores y académicos, especialmente los jóvenes, que —al igual que la estudiante que tomaba apuntes selectivos— eligen lo que les sirve, lo leen de maneras también imprevistas y, para mí, reveladoras, y dejan a un lado el resto. Es exactamente lo contrario a la “aplicación” de una teoría o de un método: es la intención, por parte de cada uno, de una teoría y de un método propio sobre la base de su experiencia, de la realidad en la que operan, y de los objetivos de su trabajo. Como cualquier trabajo intelectual digno de este nombre, cada uno de estos capítulos transforma, cambia, desarrolla las premisas teóricas y metodológicas; y mientras se focaliza en un objeto específico, contribuye al progreso y al cambio de toda la disciplina. Lo que

---

<sup>2</sup> Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones. <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/69> [N. de la t.]

me sorprende en todas estas intervenciones es, precisamente, la conciencia de este diálogo, la capacidad autorreflexiva de pensar sobre cómo las propuestas teóricas y metodológicas iniciales evolucionaron durante la investigación y su presentación. Por lo tanto, leí muchos de los capítulos de este libro como la continuación de un diálogo, en el cual cada capítulo responde a mis preguntas y me hace nuevas, en un intercambio que aún está abierto y sin terminar.

Pienso en su división, original y sin embargo tan adecuada, que parece *a posteriori* casi inevitable: *resistencia*, temáticas *incómodas*, voces *representativas*. Nunca lo pensé, pero la esencia de la historia oral está aquí. *Resistencia*: la historia oral parte del reconocimiento crítico de la presencia activa de sujetos que la historiografía idealista consideraba “sin historia”; sujetos que están afuera de las puertas del paraíso, que empujan por entrar en él, que dudan de que exista un paraíso, que quisieran un paraíso totalmente distinto, o ningún paraíso, de hecho. Narraciones *incómodas*: muy a menudo la memoria ha sido pensada como algo gratificante, que ayuda a construir una imagen aceptable de una persona, de un grupo social, de un Estado. Puesto que escucha voces no autorizadas, la historia oral es implícitamente desagradable para el poder; sin embargo, pronto aprendimos que no podíamos darle a nuestro trabajo ni siquiera una función reconfortante para aquellos que se oponen al poder. Las preguntas que hacemos pueden, y deben, ser incómodas, incluso para nosotros; cuestionar nuestras propias certezas en lugar de construir mitos alternativos e igualmente unidimensionales de aquellos a los que nos hemos resistido. No quiere decir que aquellos que están fuera del paraíso siempre tengan la razón y que, a su vez, no estén llenos de contradicciones. Y, finalmente, voces *representativas*: aquí está la esencia misma del método cualitativo. Las voces no son todas iguales, no son mecánicamente comparables, sino que deben ser pensadas e interpretadas cada una a su modo. No existe una memoria “colectiva” que no sea simplemente la conjugación, el encuentro y la confrontación de múltiples memorias personales. Por lo tanto, una voz “representativa” no lo es en el sentido estadístico de una voz “normal”, sino en el sentido, diría artístico, de una voz excepcional que es capaz de reunir en sí misma las instancias de toda una realidad social —la voz de Dante Bartolini en Terni, la de Annie Napier en Harlan o la de Chicha Mariani en La Plata.

La voz resistente, incómoda y representativa de Chicha Mariani es, al final, una indicación del camino que la historia oral ha buscado e intenta seguir; el camino de quien dice la verdad al poder, y que no la calla a sí mismo. Este libro es un buen paso adelante en esta dirección.





## Lo que hace diferente a este libro

En septiembre de 2013 Alessandro Portelli dictó un esperado curso de historia oral en la Universidad de La Plata. Esa intensa semana dio lugar al encuentro de un grupo de estudiantes provenientes de diferentes campos disciplinarios, de distintas trayectorias académicas y de diversos espacios geográficos; todos ellos coincidían en la necesidad de escuchar a un reconocido intelectual, cita obligada de todos los convocados por la historia reciente.

De esa semana, intensa y por demás enriquecedora, permanece el recuerdo de un clima de trabajo afable y distendido, sin academicismos superfluos, como solo sabe crear quien vive de acuerdo a las ideas que sostiene y manifiesta; y también de reflexiones intelectuales y metodológicas que convivieron con la transmisión de experiencias de la propia labor investigativa, resultando estas últimas tan iluminadoras como las primeras (Gorza, 31.10.2017).<sup>1</sup>

La expectativa de su llegada era también la respuesta a múltiples lecturas fragmentarias de su obra, a la difusión de algunos de sus artículos en diferentes idiomas, a la imposibilidad de contar con herramientas metodológicas que enseñaran cómo hacer historia oral y a la búsqueda de consolidar el campo de los estudios de la historia reciente, con un énfasis particular en el abordaje de las memorias. Estos fueron algunos de los interrogantes que se pusieron en discusión en aquel seminario que nos permitió descubrir a la obra

---

<sup>1</sup> Como parte del trabajo de coordinación de este libro, les pedimos a las y los autores que escriban unas breves reflexiones en torno a lo que implicó el trabajo sobre el libro en general y el trabajo en equipo en particular. Citamos parte de estas reflexiones, con la fecha en la que recibimos dichos textos.

y al maestro detrás de ella. Sin embargo, todos los allí presentes esperábamos develar de algún modo el secreto oculto que había en la historia oral y que se traducía —según nuestra idea preconcebida— en el éxito indiscutible de una entrevista. Lo que sorprendentemente cambió la mirada de quienes constituimos su ávido público fue que, según nos enseñó Portelli, no existen recetas establecidas para hacer una entrevista; que estas no obedecen a indicaciones de manuales, comunes en las metodologías de investigación cualitativa de fuerte arraigo en las ciencias sociales. Teníamos que poner sobre la mesa las mismas bases de una buena conversación: el respeto, los modales, la paciencia y, sobre todo, una atenta escucha. De la misma forma, reconocer que tanto el/la interlocutor/a como el/la investigador/a tienen diferentes agendas al momento de establecer un diálogo; que son esas mismas agendas las que se cruzan con la identidad, las trayectorias, los pasados y los sentidos de los hablantes, y que es justamente en este espacio en donde se constituye el trabajo del historiador oral. Aún más: aprendimos también que no toda entrevista se convierte inmediatamente en un ejercicio de historia oral; que tal empeño implica un ejercicio de aprendizaje, de construcción performativa de las fuentes, de una mirada —*entre/vista*— que requiere empatía y confianza y de un esfuerzo por construir un diálogo *entre y más allá* de las diferencias. Ahora bien, el resultado de este aprendizaje debía volcarse en un trabajo original, producido por los/as asistentes, en el que se pusieran en valor estos elementos en un avance de tesis, un artículo académico o una reflexión metodológica. Luego de la lectura y corrección de aquellas producciones se seleccionaron los mejores trabajos, los cuales tenían todas las potencialidades y las riquezas teórico-metodológicas de la historia oral. El resultado de esa experiencia fundante es el origen de los capítulos que integran este libro.

Sin embargo, este ejercicio no terminó allí. Todo lo contrario, aquí empezó una nueva etapa: la de transformar estas producciones aisladas en una construcción colectiva de historia oral que aglutinara no solo esta metodología, sino algunas afinidades temáticas, temporales, espaciales y generacionales, entre otros factores; y que respondiera a un nuevo desafío del campo científico, en cuanto divulgación de resultados originales. Por tanto, este libro no responde a la tradicional modalidad de articulación de capítulos vertebrados por una temática afín y recibidos por un/a compilador/a, quien tiene la responsabilidad de hacer un análisis comentado de textos. Con él apostamos

a la elaboración colectiva de nuestros trabajos poniendo en discusión miradas disciplinares conjuntas o distantes, trayectorias académicas y avances de investigación en los que la historia oral fue la excusa enriquecedora de interpretación, o bien la herramienta dislocadora de hipótesis anteriormente concebidas. No obstante, en todos los textos que integran este libro la historia oral obró como disparadora de elementos antes no explorados, silenciados, omitidos, relegados u olvidados.

Una de las cosas que más me fascinó del trabajo compartido fue poder vivir que la influencia de Portelli en las investigaciones locales -debido a la apropiación selectiva de sus “herramientas”-, era mucho más diversa y rica de lo que podría haber imaginado previamente. Los cruces entre distintas tradiciones, las variadas derivas a partir de una misma cita, las distintas lecturas sobre sus implicancias y tensiones, fueron algunos de los aprendizajes que propició la edición de este libro (Abbattista, 27.10.2017).

Empero, estas coincidencias no bastaron para dar unidad a un libro de historia oral. Lo que hace diferente a este libro, entre muchas otras cosas, es que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidados —represión, militancia, terrorismo de Estado, género— o a delimitaciones geográficas y temporales. Esta fue, precisamente, la reflexión que Anabella Gorza elaboró sobre su trabajo:

Al momento de la primera escritura, se había presentado el interrogante de cómo desarrollar una mirada de género, central en mi investigación, a partir de una obra que solo tangencialmente ha contemplado cuestiones afines a la misma. Claro que esa perspectiva se plasmó en el análisis desde un primer momento, porque quien investiga hace hablar a las fuentes en función de sus intereses, conocimientos y de las categorías que trae consigo; algo que se hace presente desde el momento en que tiene lugar esa instancia dialógica que es la entrevista. Sin embargo, el trabajo en equipo me puso en contacto con las producciones de compañeras que también adoptaban la perspectiva de género, desconocidos para mí hasta ese entonces, pese a compartir un mismo espacio académico, y muy grata fue la sorpresa al descubrir que nuestros trabajos, aunque habían sido

concebidos de manera independiente unos de otros, establecían un diálogo por demás interesante y enriquecedor. La decisión de no incorporarlos en un mismo apartado, respondió al deseo de no confinarlos a un espacio aislado y sin conexión con los demás textos, porque pensamos que dicha perspectiva es más fructífera si dialoga con otras miradas. Ahora bien, los ejes de análisis elegidos no inhabilitan lecturas transversales entre capítulos de diferentes apartados en función de otros criterios que quedarán a consideración de las y los lectores (Gorza, 31.10.2017).

Tomando en cuenta estos elementos, decidimos mirar los capítulos como relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegiamos las atenciones categoriales acompañadas por el análisis y las voces de múltiples actores. En este sentido, la primera parte de este texto aborda la *resistencia*, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en las militancias. En una segunda instancia consideramos las temáticas *incómodas*, en el sentido de que exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror, temas en los que confluye lo no hablado o lo simplemente desplazado por ausencia o quizá por saturación. Finalmente, construimos el último apartado relevando historias *representativas*, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo (Portelli, 2016).

Asimismo, este libro es diferente porque también Alessandro Portelli es un intelectual diferente. Así nos lo demuestra Lucía Abbattista en el capítulo introductorio, en el que no solo aborda el impacto de la obra de Portelli en la Argentina, sino que también historiza los aportes de sus trabajos clásicos sobre tres puntos de análisis: la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; los trabajos sobre la memoria de la clase obrera, y sus aportes en las disputas de las memorias del antifascismo en Italia. La autora afirma que así como la obra de Portelli fue la respuesta a un contexto de activación de la derecha italiana a mediados de los años 90, en Argentina sirvió de inspiración para derribar los muros de silenciamiento y los intentos de olvido de un pasado traumático para dar lugar a la construcción de una

memoria colectiva basada en los principios de verdad, justicia y memoria. Es un texto que también está pensado para enseñar historia oral y que aborda los contextos enunciativos y de producción de la obra de Portelli no solo en Italia, sino en Estados Unidos y América Latina.

Lo que más disfruté fue la posibilidad de profundizar en las obras de aquellos que fueron sus referentes y en las experiencias colectivas de las que ha sido parte: un mundo artístico, intelectual, editorial, italiano comprometido y activo, del que solo tenía vagas referencias previas (Abbattista, 27.10.2017).

En su texto “Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974” Andrea Raina reflexiona sobre las diferencias entre memorias, historias e historia, a partir de una acción represiva ocurrida en la ciudad de Santa Fe, producto de una política sistemática de persecución para generar terror en cada localidad del país. En este capítulo no solo se ponen en tensión narrativas precedentes a la última dictadura militar, sino que se dialoga con la construcción memorial respecto a los sentidos de las acciones políticas y político-militares de los años 70 que perduran hasta el presente. Lo que hace diferente a este capítulo es la forma como se construyen los relatos, sobre todo los familiares, que no se originan en una correspondencia temporal o intencionada, sino que se elaboran en diferentes tiempos, propiciados en la cotidianidad, y que incluso definieron las orientaciones profesionales de la autora.

A diferencia de la escritura que estamos habituados a realizar en función del campo disciplinar que hemos elegido (en mi caso historia); el ejercicio de historia oral que nos propusimos abrió una puerta de posibilidades que no solo agilizó y enriqueció aquel *habitus* sino que, por sobre todas las cosas, me permitió reflexionar sobre mis propias elecciones, prácticas e interpretaciones personales y profesionales [...] La historia que me propuse reconstruir, que se encontraba detrás de las memorias sociales arraigadas y de las historias familiares tantas veces escuchadas, es una historia de militancias, de resistencias, de violencia política; es una historia que de alguna manera atravesó mi vida en muchas de mis elecciones e intereses actuales (Raina, 21.10.2017).

“La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)” de Anabella Gorza, analiza las razones que condenaron a la Resistencia peronista, desplegada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Asimismo, da cuenta de otro silenciamiento, aquel que eliminó a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia, o que las condenó a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. El análisis toma como base la perspectiva de género vinculada con los aportes de la historia oral, desarrollado a través de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, junto con entrevistas disponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y películas. No obstante, expresa la autora, estos distintos soportes fueron un desafío que pudo allanar y concatenar gracias a la historia oral.

Lo que parecía ser una limitación contenía interesantes dimensiones de análisis que me permitieron darle un tratamiento no tradicional a esas entrevistas y a otros materiales de historia oral que iba acumulando; esos retazos de historias, muchas veces incoherentes, fragmentados, para los que no encontraba un hilo conductor acorde a mis expectativas de lo que debía ser un trabajo de investigación, y para lo cual me resultaron muy iluminadoras sus reflexiones sobre la memoria y sobre la violencia. Memorias monumento, memorias fosilizadas, memorias individuales y colectivas, públicas y privadas. Capas de memoria que se superponen y un presente que fluye, que ya ha pasado a ser pasado, y que nos obliga a preguntarnos permanentemente por los nuevos sentidos construidos (Gorza, 31.10.2017).

Otra historia resistente es la que nos presenta Axel Binder con su trabajo “Cuatro miradas sobre el ‘Trelewazo’. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular”, en el que señala que la memoria no es homogénea como tampoco lo fueron los actores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Un variado mosaico de sentidos se despliega en torno a su significado, en el que se podrían identificar dos formas predominantes de memoria: una liberal y otra popular. Lo que se juega entre ambas, afirma Binder, es la representación de una inédita experiencia política

de masas. Este acercamiento a la historia oral significó para el autor una reflexión profunda sobre la objetividad a través de la entrevista.

Me reveló la futilidad de tales advertencias “metodológicas” y de pretender establecer una distancia profesional en un diálogo entre dos personas [...] La empatía y la proximidad me permitieron entender, con pocas palabras sin demasiadas explicaciones, de dónde y por qué era que esos recuerdos dolían en ella. Fui entendiendo que uno puede conmoverse e involucrarse con el relato, y aun así obtener lecciones para la historia (que son en realidad para el presente). La empatía no inhabilita la dimensión analítica, por el contrario la enriquece, haciéndonos más receptivos para entrar en contacto con otras tramas históricas y con otras texturas de la memoria; aspectos subjetivos (pero objetivables) de una riqueza humana que pocas fuentes pueden aportar; solo hay que saber escuchar. Así fui entendiendo que la historia oral es mucho más que una entrevista (Binder, 27.10.2017).

Nada más incómodo para una sociedad que tiende al silencio y al olvido que poner en escena la memoria de la represión sobre los cuerpos de las mujeres en contextos dictatoriales y de violencia. Sobre ello, justamente, escribe Victoria Álvarez en su texto “Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina”. Allí da cuenta de las distintas formas de la violencia sexual a las que fueron sometidas las mujeres en los centros clandestinos de detención y reflexiona sobre el lugar que tuvieron las (im)posibilidades de escucha de sus vivencias y sus experiencias. Según la autora,

las narraciones sobre violencia sexual resultan inescindibles de su carácter de denuncia. Al desplazarse levemente del lugar, casi excluyente, de víctimas deshumanizadas se abren caminos para la reflexión acerca de la capacidad para actuar en condiciones de extrema vulnerabilidad que las lleva a contar sus respectivos “no”, a enunciar sus homenajes a quienes ya no están y presentarse como aquellas que quieren y pueden atestiguar [...] Narrar lo vivido -y entre otras cosas, las resistencias y solidaridades- es también una forma *a posteriori* de resistir, de enfrentar la impunidad y de combatir la imposibilidad de escucha.

Un trabajo de historia oral, se vuelve entonces una reflexión mucho más sensible a lo que los sujetos vivieron, sintieron y recuerdan. Particularmente en mi investigación, más allá de confirmar que hubo distintas formas de violencia sexual en todos los centros clandestinos de detención del país, me permitió indagar en las posibilidades que tuvieron de narrar sus experiencias luego, lo que significó para ellas esta forma específica de violencia y lo que significa poder contarlo actualmente en distintos ámbitos (Álvarez, 31.10.2017).

Por su parte, Eleonora Bretal recupera, en su *“No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares”*, las representaciones y recuerdos de los trabajadores del frigorífico en los años 70, que evocan los acontecimientos más resonantes de la violencia política paraestatal y estatal de la década, y enfoca su perspectiva en dos tipos de narraciones: las de los obreros que fueron militantes y las de aquellos que no tenían militancia de izquierda. Asimismo, analiza las memorias obreras en dos sentidos. El primero explora las huellas del disciplinamiento social que fue llevado a cabo a través del terror, en la rememoración de escenas de la vida diaria en las cuales aparece la violencia estatal, camuflada de cotidianidad.

En esos detalles y apreciaciones que ofrece la memoria puede jugarse el sentido de la historia; en esa textura que pone de relieve la historia oral es que algunas nociones teóricas adquieren materialidad. El terrorismo de Estado -como concepto- se despoja de toda abstracción y se hace concreto en el recuerdo de Ernestina: el miedo, sutil pero constante, con el que coexistía: de que su hija, debido a sus problemas auditivos, no se detuviese ante una “voz de alto” y se *la llevaran* [...].

Bretal advierte que algunos relatos obreros, al posicionarse como “actores externos”, reproducen una estructura narrativa de memoria análoga a la de los “dos demonios”. Pero escuchando con atención, descubre una diferencia fundamental *“la mayoría de los entrevistados no manifestó miedo a ambos ‘demonios’. Los operarios asociaron las situaciones de temor solo al proceder de los agentes represores y no al de la izquierda armada”*. Una mirada poco incisiva, atrapada en la textualidad del enunciado, hubiese



reproducido el ideario de “gente común”, como de terceros inocuos; como si fuese una parte del pueblo escindida de la trama de relaciones sociales afectadas por la dictadura, y al abrigo del disciplinamiento que desplegó el terrorismo de Estado; olvidando que es precisamente para escarmiento de ellos que resuena el suplicio (Binder sobre Bretal, 27.10.2017).

El segundo registro examina los sentidos comunes y las zonas grises en los relatos de sus entrevistados, al destacar su ajenidad en el contexto de la dictadura.

La postura de “no estar metido en nada” durante la *época de los militares* señalada por varios trabajadores entrevistados, que aparece como una tercera posición de rechazo a la violencia ejercida por otros actores, y que está ligada a su no reconocimiento como víctimas, a pesar de las experiencias de disciplinamiento social vividas, puede ser asociada a la aceptación de “zona gris” utilizada por Portelli. La “zona gris” alude a la sociedad italiana “que no tomó partido” entre la Resistencia y el fascismo. Las referencias a “no estar metido en nada” en la última dictadura argentina y “no tomar partido” en el fascismo italiano compartirían ser parte de sentidos comunes de sus propias sociedades, que aluden a una ajenidad de los hechos históricos y a una no responsabilidad de la violencia y de las relaciones entre las víctimas y sus perpetradores (Bretal, 1.11.2017).

En su trabajo “Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez” nuestra compañera chilena Javiera Robles expone la invisibilidad de las mujeres en la historia en cuanto actores sociales, así como en el análisis historiográfico. Por tal motivo, su capítulo indaga en la trayectoria de mujeres que integraron el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del Partido Comunista Chileno. Mediante el análisis de entrevistas, la autora aborda los aspectos subjetivos de la militancia, problematizando los silencios imperantes dentro de los relatos de la organización y visibilizando, desde una perspectiva feminista, las tensiones y las dinámicas internas, lo cual complejiza, a su vez, los discursos oficiales de la militancia armada. Construye esta mirada en dos espacios: el primero se ubica en el escenario nacional donde se sitúa la rememoración de la historia militante de las entrevistadas, tomando en consideración la conmemoración de los cua-

renta años del golpe de Estado en Chile, lo cual posibilitó nuevas condiciones de decibilidad y audibilidad. En una segunda parte, analiza la experiencia de la violencia política de las militantes y su trayectoria, aquello que decantó en el ingreso al FPMR, y problematiza cómo el ejercicio de la violencia repercutió a la hora de poner en sentido sus recuerdos en el acto de las entrevistas.

Ante la falta de registro escrito, la oralidad adquiere una potencia central, sobre todo cuando esa oralidad y transmisión de experiencias se centra en *develar* las subjetividades que permean lo político, problematizando no solo las preguntas que le hacemos al pasado, sino a la propia relación pasado/presente. Posibilita también fijar la mirada no en los grandes acontecimientos ni en el relato de lo heroico, sino en lo que dejó huella, en los grises de la historia, en las cotidianidades de la vida, politizando lo históricamente considerado no-político y reposicionando a las mujeres en la historia (Robles, 1.11.2017).

Finalmente, el último apartado de este libro aborda las *historias representativas*, enmarcadas en únicos relatos, biográficos o mitológicos, en los que se intenta demostrar cuál es el peso que tiene lo personal, lo biográfico y subjetivo en relación con lo social, lo historiográfico y lo colectivo. Los tres trabajos apuntan a dar cuenta de la pregunta metodológica sobre si es posible generalizar a partir de experiencias individuales y si se pueden reconstruir uno o varios hechos históricos, transitados por una misma persona o colectivo, a través del tiempo. En este sentido, el capítulo de Patricia Flier titulado “*El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor*. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario” se propone contribuir a la visibilización de la historia de los exilios de los/as trabajadores/as a los que se vieron forzados millares de argentinos/as en tiempos del terrorismo de Estado en Argentina. El trabajo profundiza en dos aspectos: el primero, el exilio de los obreros —y no el de los dirigentes sindicales, experiencia algo más trabajada en el campo académico—; y el segundo, el fenómeno del *exilio de los miedos*, un estado de ánimo que perduró en este actor, no obstante haber transcurrido 40 años desde la obligada partida inicial. El vértice de este texto es Horacio Abdala, un ex trabajador bancario, quien recorre esta y otras experiencias, relevando las implicaciones personales que tuvieron el exilio y

sus múltiples retornos a la Argentina, marcados por la pérdida, la frustración y el miedo.

Entre varios testimonios resguardados escogí uno. La porfiada búsqueda por reencontrar los sentidos del pasado y su ilación con el futuro, sus preguntas dolientes sobre las fracturas que el exilio impuso a su vida y su ansiedad por recobrar la voz silenciada por el miedo, entre otras cuestiones y razones, hizo que esta serie de entrevistas mantenidas con un ex trabajador bancario, Horacio Abdala, reuniera todos los requisitos necesarios para impulsar esta reflexión académica sobre la experiencia del destierro vivida por un integrante del mundo del trabajo argentino (Flier, en este libro).

La segunda historia representativa que compone este apartado es el texto “*Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra*’. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz”, de Lorena Cardona González. Este trabajo, a diferencia de los otros capítulos, basa su análisis en el libro biográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011) de la militante colombiana, en el que da cuenta de su historia de vida y también del modo como se fue configurando política y socialmente Colombia a partir de la década de 1970, período de fuerte radicalidad política en América Latina. Su vida se mueve y es atravesada por acontecimientos nodales en el ámbito nacional; asimismo, su trayectoria está signada por diversos factores personales y colectivos como la migración de sus padres desde Alemania, víctimas del Holocausto, y su posición como mujer dentro de las tramas del poder y de la subversión organizada.

*El silencio de mi cello. Razones de vida* no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia, es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo, y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos

se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que ella asume al haberse comprometido con el país (Cardona, en este libro).

Cierra este apartado el texto de Yazmín Conejo “La leyenda de la *X'tabay* en la Península de Yucatán, México. La *performance* cíclica y el imaginario colectivo en el paso de la oralidad a la escritura”, en el cual la autora analiza la leyenda de la *X'tabay* como una *performance* que le permite ir de la oralidad a la escritura y de la escritura a la voz a través de las múltiples resignificaciones de la leyenda dentro del imaginario colectivo de la Península de Yucatán. Asimismo, describe los cambios entre las historias orales y las narraciones literarias, rastreando los olvidos y las repeticiones que se han transmitido de generación en generación. Para tal efecto, Yazmín recurre a varias fuentes, orales y escritas, tales como textos históricos y antropológicos, adaptaciones literarias de las fuentes orales y dos canciones. Con estos soportes demuestra cómo la oralidad puede volverse tangible por medio de la escritura, y cómo esta puede perdurar en el “largo” tiempo —en este caso, a través de la leyenda de la *X'tabay*— e incluso traspasar fronteras.

Cuando hablamos de historias de transmisión oral que incluyen, en mi caso, la cosmogonía de pueblos ancestrales, la historia oral es base para rescatar esas subjetividades muchas veces perdidas entre las versiones del tiempo, las diferentes adaptaciones de una misma historia o los contextos cambiantes. En el trabajo que yo realizo, la historia oral es la conexión de la leyenda transmitida de generación en generación desde hace poco más de un siglo, según los pocos registros que hay al respecto; y complementado con la literatura que se gestó a raíz de las historias orales compartidas. Sin la historia oral ninguna de las versiones literarias de la leyenda de la *X'tabay* tendría una razón o vinculación entre ellas ni con el pasado precolombino; si acaso alguna de estas versiones llegara a sobre-

vivir, su estudio se centraría en un análisis literario estático e inmerso en la narratología, impidiendo la *performace* de movilidad e inmovilidad que le permite a la leyenda trascender. En este sentido, fue importante ver aquello que se transmite a través de la repetición, lo que se omite, lo que se olvida o “mal recuerda” con el paso del tiempo; porque ahí radican los significados (Conejo, 01.11.2017).

Un escenario importante en el que se enmarca esta obra es el espacio institucional que la acompaña, y en este sentido la Universidad Nacional de La Plata se ha constituido, desde el año 2000, en un ámbito académico de referencia regional e internacional por su decisión de trabajar en la construcción y consolidación del campo de los estudios en historia reciente. En este marco, se han dedicado enormes esfuerzos para entablar diálogos con diferentes universidades y con diversos académicos, como también para la organización de coloquios, congresos, seminarios, publicaciones; y, finalmente, para la creación de carreras de posgrado y trayectos formativos que se instalan y piensan sobre las cuestiones teórico-metodológicas que permiten comprender y explicar un *pasado que no pasa*. Entre las muchas iniciativas relacionadas con este tópico se encuentra este libro, que reconoce como antecedente y motivo de encuentro a la obra de Alessandro Portelli *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), cuya traducción y coordinación estuvieron a cargo de quienes escribimos este texto. Ese libro, que contiene casi cuarenta años de su trabajo y de su vida, reúne las voces, los acontecimientos, las personas que le dieron forma, pero que también fueron el desarrollo y la transformación de la historia oral,

de pariente pobre y marginal de la historiografía “seria” a convertirse en un instrumento de conocimiento articulado y reconocido, que ya no tiene que defender su dignidad de los prejuicios y las críticas positivistas sino que ha sabido servirse de ellas para elaborar una metodología cada vez más sofisticada y consciente, sumando a la credibilidad referencial la centralidad del diálogo y de la subjetividad (Portelli, 2016: 12-13).

Hacer historia oral es aprender a escuchar al otro/a, y nosotros aprendimos a escucharnos y a trabajar colectivamente. Este libro está lleno de complicidades y solidaridades, pero además de desafíos políticos, metodológicos

y éticos que aparecen en tiempos en los que emergen políticas de olvido, de silenciamiento, de omisiones y desplazamientos provocados por un neoliberalismo global que desprecia el pasado y privilegia un futuro cargado de promesas improbables. Estos tiempos también afectaron la escritura de este libro, particularmente por las aprehensiones que renacieron en algunos de los/as entrevistados/as, las que nos pusieron en tensión y nos corrieron de las certezas y consignas con las que realizábamos nuestra tarea de historiadores/as. Sin embargo, estos desafíos son inherentes al trabajo con la historia oral, el cual nos compromete desde el distanciamiento crítico requerido por nuestro oficio, sin perder la necesaria sensibilidad para escuchar y comprender al otro/a. Por último, trabajar con testimonios y personas vivas implica adoptar mayores vigilancias epistemológicas para escribir buena historia. Es por esta y por muchas de las razones aquí expuestas que este libro es diferente: diferente en su concepción y abordaje, diferente en su consecución y propuesta, diverso y divergente; pero ante todo, esperamos que sea convocante e inspirador de muchos otros.

Patricia Flier - Lorena Cardona

*La Plata, diciembre de 2017*

## **Referencias bibliográficas**

- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario : Prohistoria Ediciones.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.

# Lo que hace diferente a Alessandro Portelli

*Lucía Abbattista*

Lo que hace que una memoria sea democrática es la pluralidad,  
y no que sea compartida [...]

La memoria está dividida, y sí... tiene que estar dividida.

Alessandro Portelli, *Historia y relato oral*

(Jaschek y Raggio, 2005, p. 38).

En abril del 2002, cuando aún resonaban por las calles argentinas las consignas *piquete* y *cacerola*, *la lucha es una sola* y el famoso *que se vayan todos*, las actividades universitarias comenzaron a restablecerse lentamente, entre huelgas y movilizaciones en defensa de la educación pública. En ese contexto, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) se realizó el *I Coloquio Internacional de Historia y Memoria*, organizado por un colectivo de docentes e investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), preocupados por el desarrollo de la historia reciente y vinculados con el trabajo de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Los invitados internacionales al Coloquio mantuvieron su compromiso de viajar a pesar de las dificultades presupuestarias impuestas por la crisis y la inestabilidad política. Junto a Enzo Traverso, Marcello Flores, Josefina Cuesta Bustillo y Bruno Groppo, llegó por primera vez a La Plata Alessandro Portelli.

Sabemos que no fue su primera visita al país. Durante los años 90, con la difusión de algunos de sus trabajos de la mano de Dora Schwarzstein, se había vinculado con investigadores locales que participaban en los congresos internacionales sobre historia oral. Sin embargo, el vínculo que desarrolló desde entonces con el colectivo de La Plata fue diferente. En su gran mayoría,

quienes asistieron al coloquio apenas habían oído hablar de él con anterioridad, pero quedaron cautivados por sus intervenciones. Muchos destacan hoy la huella que dejó su reivindicación de los estudios a escala de los individuos; su atención a la subjetividad; el clima que envolvió a su conferencia sobre los mitos, rituales y símbolos en el caso de las Fosas Ardeatinas<sup>1</sup> y también lo sugestivo que resultó el interés con que registraba los pliegues de aquella Argentina convulsionada.

Del trabajo de aquel coloquio nació, a fin de año, la Maestría en Historia y Memoria, un ámbito de formación al que Sandro contribuyó profundamente con sus producciones escritas y visitas. Sus viajes periódicos a La Plata, desde entonces, nutrieron a distintas camadas de estudiantes e investigadores latinoamericanos de diferentes disciplinas. Ese es precisamente el caso de quienes hoy publicamos este libro junto con Patricia Flier. Ella fue quien lo convocó para el primer coloquio y construyó una amistad duradera. Las demás autoras y autores fuimos parte del grupo de estudiantes de posgrado que disfrutó uno de sus seminarios intensivos en septiembre del año 2013 y mantenemos a partir de aquel evento una relación basada en un profundo reconocimiento.

Aquel seminario se distinguió, creemos, por la cantidad de emociones y proyectos que movilizó. La visita compartida a la Casa Mariani Teruggi, un sitio de memoria local que se había nutrido de sus escritos para pensar sus propios mitos y silencios, y el recorrido posterior por las ruinas del Berisso industrial, que Portelli había conocido a partir de la obra de Daniel James, calaron hondo. También nos visitó al año siguiente, justo en aquellos días de agosto en que Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, recuperó a su nieto, y “Chicha” Mariani recordaba el nacimiento de su nieta apropiada, Clara Anahí; de allí que con Laura Lenci hayamos disfrutado de la oportunidad grandiosa de acompañar sus entrevistas a ambas referentes platenses del movimiento de derechos humanos.

Del seminario de 2013 surgió además la necesidad de conocer y difundir

---

<sup>1</sup> Poco después publicada en la revista *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* con el título “Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos” (Portelli, 2002a). Aquel artículo funcionó como anticipo en español de su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004). Desde entonces es material de lectura y discusión para todos los ingresantes de la carrera de historia.



su obra en español más allá de los pocos trabajos que por entonces estaban disponibles. Algunas lo veníamos leyendo en inglés, en italiano o en portugués, pero esto limitaba demasiado su circulación e influencia. Con Virginia Sampietro publicamos un clásico en *Aletheia* y Lorena Cardona pensó en traducir uno más nuevo; pero entonces Patricia, decidida, le propuso una apuesta mayor: no podíamos seguir acercándonos a esos 40 años de trabajo de manera fragmentaria. Había que traducir y hacer posible la publicación en español de una antología de su extensa y variada obra. Lorena, con osadía y algo de temor, aceptó el desafío. El fruto de sus dos años de aprendizajes e intercambios cotidianos con Sandro fue *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), una compilación que nos enorgullece a todos por la profesionalidad y calidez con que fue realizada.

Hoy Sandro es Huésped de Honor (2013) y Doctor Honoris Causa (2014) de la UNLP, es decir que cuenta con las más altas distinciones que desde esta universidad podemos ofrecer. Lo leen estudiantes de primer año y también de posgrado, pero además tiene la gratitud del movimiento de derechos humanos local, al que los diversos aspectos de su obra —ahora accesibles en nuestro idioma— siguen inspirando.

Dicho esto, lo que podrán leer a continuación es un intento por historizar algunos de los más significativos aportes de sus trabajos “clásicos”; es decir, los que han circulado entre nosotros por más de una década. En especial, nos concentramos aquí en sus desarrollos sobre tres líneas de trabajo, siempre articulados: 1) su apuesta por la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; 2) sus trabajos sobre las memorias de la clase obrera; y 3) el impacto de su intervención en las batallas por la memoria del antifascismo.

Recientemente otras dimensiones de su obra comenzaron a interpelar y operar como fuente de inspiración para las investigaciones locales, como se verá en este libro. Pero buscamos, con este primer recorrido, poner sobre la mesa —parafraseando su famoso trabajo en español sobre la historia oral— algo de lo más sustantivo que hizo y sigue haciendo diferente a Alessandro Portelli,<sup>2</sup> para quienes investigamos con el corazón *abajo y a la izquierda* desde este rincón del mundo.

---

<sup>2</sup> Nos referimos al trabajo “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), compilado por Dora Schwarzstein.

## ¿Qué sabemos de Alessandro Portelli?

Cualquier repaso biográfico es arbitrario, y en este caso es particularmente difícil. Sandro es un multifacético docente e investigador, especialista en literatura y cultura norteamericana, historiador oral, musicólogo, fundador de instituciones culturales, autor de canciones, organizador de colectivos intelectuales, con una extensa militancia política de izquierda, que ha realizado contribuciones en diferentes campos de estudio, irreverente frente a las fronteras disciplinares, sensible ante las sutilezas del lenguaje, que se brinda con especial humildad.

Por sus clases y diferentes entrevistas que brindó sabemos que nació durante la Segunda Guerra Mundial, el 21 de marzo de 1942, en Roma, Italia, pero creció en Terni, una pequeña localidad de la región de Umbría. Su madre era profesora de inglés, lo cual le permitió formarse desde pequeño con esa segunda lengua y su cultura como fuente de atracción.

Como define en su blog personal, sus principales pasiones siguen siendo “la igualdad, la libertad, la docencia, la música popular, la memoria, escuchar los relatos de las personas, los libros, las películas y el rock and roll” y ha procurado “no limitarse a estudiar y escribir sino también a organizar cultura, poner en pie instituciones, fundar revistas, compartir con otros a través de discos y libros, aquello que aprendí, organizar eventos, conciertos, encuentros, involucrar personas más jóvenes y abrirles espacios” (Portelli, 04.05.2006).

De adolescente asistió a un colegio salesiano y una experiencia temprana que lo marcó en sus gustos y orientaciones fue un intercambio estudiantil durante su último año del secundario, con el *American Field Service*, en la región de Los Ángeles (EEUU). Desde entonces siguió muy de cerca —apasionadamente, se podría decir— las derivas del *rock and roll*, las luchas por los derechos civiles, la invasión a Santo Domingo, la guerra de Vietnam, el asesinato de los Kennedy, Malcolm X y Martin Luther King y otras temáticas de los *sixties* norteamericanos (Portelli, 2011).

Sus estudios de grado fueron en la Universidad de Roma. Allí consiguió títulos en Jurisprudencia en 1966 y en Lenguas y Literaturas Extranjeras en 1972. Tempranamente se vinculó con la investigación, con la música y con la militancia política, dimensiones que nunca se van a escindir en su vida, tal

vez por ser parte de esa generación que, a fines de los sesenta, puso en jaque a la izquierda tradicional y cuestionó radicalmente a las instituciones académicas existentes.

En la primera parte de los años setenta visitó por primera vez el condado de Harlan, Kentucky, en un recorrido por la región con el sociólogo David Walls, del *Appalachian Studies Center* de la *University of Kentucky*. Ese viaje, realizado en 1973, le resultó sumamente inspirador por las figuras que tuvo oportunidad de conocer, pero también porque comprobó que mucho de lo que había oído y leído sobre la lucha de clases en esa región ya no era parte de la memoria viva de los nuevos referentes, y al querer conocer más sobre sus motivos, comenzó una relación con esa tierra y su gente.<sup>3</sup> Primero consiguió becas para trabajar en el *Appalachian Studies Center* y luego desarrolló un grupo de estudios sobre aquella región en el Departamento de Inglés de la Universidad de Roma, con un activo programa de intercambio cultural que continúa hasta el día de hoy.

También por esos años conoció a Mariella Eboli, su futura esposa, con quien comparte desde entonces toda clase de proyectos, hijos y nietos.

Su carrera como docente universitario comenzó en una sede de la Universidad de Siena, poco después de titularse. Allí enseñó literatura angloamericana entre 1974 y 1981. En ese año se trasladó a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Roma, *La Sapienza*, para continuar ofreciendo cursos vinculados con la misma área en las décadas siguientes.

Con el tiempo, a pesar de la inmensa cantidad de iniciativas en las que ha participado, la mayor visibilidad pública, nacional e internacional de Portelli ha tenido que ver con su rol como referente de la historia oral. Sus trabajos en este terreno son de lo más variados, aunque aquí han cobrado notoriedad solo algunos de ellos, al lento ritmo de las traducciones: aquellos más específicamente metodológicos sobre la oralidad; los que tratan sobre las memorias de los obreros de Terni en la posguerra; los que abordaron los conflictos por la memoria del antifascismo durante la Segunda República italiana; y los que está desarrollando en la actualidad, concentrados en las memorias de los migrantes, sobre los que brindó conferencias en sus últimos viajes a la Argentina.

---

<sup>3</sup> En su trabajo sobre Harlan publicado por la Oxford University Press en 2011, menciona, por ejemplo, que desde 1986 tuvo la oportunidad excepcional de viajar todos los años a esa región.

Para entender su recorrido y sus inquietudes también es importante destacar que uno de los principales proyectos colectivos de los que Portelli ha formado parte —y lo sigue haciendo— es el Instituto Ernesto de Martino,<sup>4</sup> fundado en 1966 por Gianni Bosio<sup>5</sup> y Alberto Mario Cirese,<sup>6</sup> entre otros, con el objetivo de construir un primer archivo sonoro de Europa. Estos historiadores, pioneros de la historia oral, creían que era necesario buscar fuentes que dieran cuenta de la vida cotidiana y la subjetividad de los obreros y campesinos, y entendían que la música popular era una fuente histórica clave para estudiar a las clases no hegemónicas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014).

Con esos ejemplos y grabador en mano, Portelli comenzó ya a fines de los años sesenta a recorrer Italia de norte a sur, para recuperar canciones que dieran cuenta de las historias de lucha del pueblo.<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Ernesto de Martino (1908-1965) fue un filósofo, historiador de las religiones y antropólogo italiano, nacido en Nápoles, que en los años 50 comenzó una investigación sobre la cultura tradicional de Italia del sur, de Lucania y de la Puglia, las regiones por entonces más subdesarrolladas y excluidas del país. Portelli siempre resalta que de Martino pensaba su trabajo como ciudadano que tenía por objetivo construir una historia compartida, una historia común, inclusiva de aquella multiplicidad de experiencias. El Instituto que hoy lleva su nombre fue fundado en Milán a un año de su muerte y reunió numerosas iniciativas culturales, educativas y de investigación, entre las que se cuenta la mencionada constitución de un archivo sonoro. Sigue funcionando hasta la actualidad —ahora en Florencia— y en su sitio web <http://www.iedm.it/> pueden consultarse sus fondos documentales y actividades programadas.

<sup>5</sup> Gianni Bosio (1923-1971) fue un historiador socialista de izquierda, nacido en la región de la Lombardía, miembro del Partido Socialista Italiano. Tuvo una intensa actividad antifascista de joven y como intelectual su principal preocupación era la vida cotidiana de la clase obrera. Antes de fundar el mencionado Instituto, fue organizador del grupo de escritores y músicos conocido como *Nuovo Canzoniere Italiano* (1962-1965) de Milán, que fundó una revista, impulsó la realización de espectáculos y desarrolló un proyecto discográfico con música folklórica de tradición combativa.

<sup>6</sup> Alberto Mario Cirese (1921-2011) fue un antropólogo italiano nacido en Avezzano, de la región de Abruzzo, formado en la Universidad de Roma, con activa participación política. Escribió para numerosas revistas de izquierda y a mediados de los años 50 se sumó a la comisión de cultura del Partido Socialista Italiano. Como estudiante y docente estuvo muy en contacto con Ernesto de Martino y sus perspectivas. En la universidad ofreció cursos sobre tradiciones populares en literatura, antropología cultural y otras problemáticas, en especial en la Universidad de Cagliari, y sus investigaciones han ido de la reconstrucción de historias locales a los grandes debates teóricos sobre cultura popular y cultura hegemónica.

<sup>7</sup> Similares inquietudes a las que, en el Cono Sur de América Latina, inspiraron a figuras como Violeta Parra, Leda Valladares o Atahualpa Yupanqui. Sin embargo, en el recorrido de Portelli hubo un momento en que su interés se fue desplazando cada vez más desde el registro de las canciones populares hacia los relatos de los músicos populares sobre los temas que interpretaban y sobre sí mismos.

Poco después, en 1972, sin alejarse del Instituto, fue fundador del *Circolo Gianni Bosio*.<sup>8</sup> El núcleo original de este *Circolo* estuvo en Roma y entre sus primeros objetivos apuntó también a investigar el folklore, la historia oral y la cultura popular italiana para desarrollar un conocimiento crítico y estimular, a su vez, la visibilidad de esta cultura en la sociedad (Portelli, 1999). Como ha señalado Portelli, el *Circolo* comprendió que no podría haber revolución, ni cambio, ni democracia “sin la habilidad y el esfuerzo de recordar, de contar, de inventar, sin la base elemental que es el ejercicio del poder del habla” (1999, p. 6). Ese relevamiento de canciones y entrevistas orales ha contribuido también a construir, en las últimas décadas, una escuela de música y un archivo: el Archivo Sonoro y Biblioteca Franco Coggiola,<sup>9</sup> abierto al público en general, en el que hacen su aporte investigadores y conjuntos musicales comprometidos para iniciativas discográficas autogestivas.

Durante las últimas décadas, en diferentes intervalos, Portelli ha sido el presidente de la institución, que funciona hoy en la *Casa della Memoria e della Storia* de Roma,<sup>10</sup> lo que le permitió desarrollar esa dimensión propia que lo

---

<sup>8</sup> El *Circolo* nació en la casa de la cantautora y etnomusicóloga Giovanna Marini (1937), con la participación, entre otros, del músico Paolo Pietrangeli (1945), integrantes del *Canzoniere del Lazio*, un grupo de teatro y de música que era llamado previamente Colectivo Gianni Bosio, y varias personas sueltas con militancias en el PC italiano o en la nueva izquierda. Tomaron el nombre de Bosio, que había fallecido el año anterior, como una forma de homenaje. Crearon primero un boletín y luego una revista llamada *I giorni cantati*, que funcionó intermitentemente hasta comienzos de los años noventa. Y desde sus primeros tiempos también impulsan actividades educativas y de investigación, así como espectáculos de intervención cultural.

A comienzos de los 90 el *Circolo* había dejado de existir, pero sus integrantes nunca perdieron el interés ni el contacto y relanzaron la institución en 1999. Allí comenzó su segunda vida (Portelli, 2005; Marini, 2005). Es por ese motivo que el artículo de Portelli de mediados de los años 90 que celebra la experiencia del *Circolo* se refiere a la misma en pasado (Portelli, 1999).

<sup>9</sup> Franco Coggiola (1929-1996) fue un etnomusicólogo y archivista italiano. Al ser muy cercano al grupo Nuovo Canzoniere Italiano en que participaba Gianni Bosio, se sumó en 1965 como investigador y responsable de archivo al Instituto Ernesto de Martino, donde produjo también gran cantidad de trabajos discográficos. Se desempeñó como director del Instituto a partir de 1972 y presidente desde 1981 hasta su muerte. El archivo que lleva su nombre fue fundado en el año 2001 y reúne más de 5000 audios, e incluye, entre otros, el fondo de Giovanna Marini que agrupa grabaciones desde comienzos de los años sesenta.

<sup>10</sup> La *Casa della Memoria e della Storia* de Roma se inauguró en 2006 y reúne a las organizaciones de veteranos antifascistas, de partisanos, de ex presos políticos y deportados, el Instituto Romano para la historia de Italia desde el fascismo a la resistencia y el *Circolo Gianni Bosio*. Está ubicada en un barrio popular y en su edificio funcionó previamente la escuela judía

mueve hacia la intervención cultural y política en sentido amplio, mucho más allá de los márgenes de la academia. Al igual que con la fundación de la revista Ácoma,<sup>11</sup> con las colaboraciones para las publicaciones *Il Manifesto*, *L'Unità* y *Liberazione*,<sup>12</sup> como integrante de la junta del IRSIFAR (Instituto romano para la Historia de Italia del fascismo a la Resistencia), en cuanto miembro de la ANPI (Asociación Nacional de Partisanos Italianos) y en el cumplimiento de funciones públicas como la de director general de la Alcaldía de Roma para la protección y mejora de la memoria histórica de la ciudad, cargo que desempeñó entre los años 2002 y 2008.

En lo que hace a la circulación de sus trabajos, por su familiaridad con la lengua y la influencia de sus investigaciones en Estados Unidos, parte de su obra ha sido publicada originalmente en italiano y otra directamente en inglés, con posteriores traducciones al portugués y al español. Sus libros más influyentes en el ámbito internacional salieron a la luz a partir de los años noventa. En Italia actualmente lo publica Donzelli, editorial nacida de un colectivo de intelectuales críticos a comienzos de 1993,<sup>13</sup> y en Estados Unidos

---

de Roma (Portelli en Jaschek y Raggio, 2005, p. 39). Más información en [www.comune.roma.it/pcr/it/casa\\_dellamemoria\\_dellastoria.page](http://www.comune.roma.it/pcr/it/casa_dellamemoria_dellastoria.page)

<sup>11</sup> Revista internacional de estudios norteamericanos fundada en 1994 por Bruno Cartosio y Alessandro Portelli. Actualmente es dirigida por Donatella Izzo, Giorgio Mariani y Stefano Rosso. Tiene frecuencia bianual y desde el año 2015 solo se publica en formato digital. Disponible en <http://www.acoma.it/>

<sup>12</sup> *Il Manifesto* es un diario italiano de izquierda pero independiente de los partidos, fundado en 1969, propiedad de una cooperativa de periodistas e imprenteros. Portelli colabora en él desde 1972. *L'Unità* es un diario fundado en 1924 por Antonio Gramsci, que hasta el año 1991 fue el diario oficial del Partido Comunista. Luego lo ha sido del Partido Democrático de la Izquierda, de los Demócratas de Izquierda y también de propiedad privada. Actualmente lo edita *Nuova Iniziativa Editoriale*. Por último, *Liberazione* fue un periódico de izquierda publicado entre 1991 y 2014 por el Partido de la Refundación Comunista.

<sup>13</sup> Donzelli fue fundada en Roma por el editor Carmine Donzelli —de larga experiencia en las editoriales Einaudi y Marsilio— junto con un colectivo de intelectuales, entre los que se encontraba Portelli, “celoso de su autonomía, dotado de gran entusiasmo pero con limitados recursos financieros, que decide en aquel momento poner en juego la experiencia adquirida en años anteriores en torno a la revista ‘Meridiana’, fundando una casa editorial, para enfrentar el mundo que tenía por delante. Un mundo nuevo, post-ideológico, hecho de identidades trituradas antes que de certezas tranquilizadoras, de conflictos complejos antes que de antagonismos definitivos. Y, a pesar de esto, un mundo abierto: al ansia, a las inquietudes, a la curiosidad y la exploración”. En [www.donzelli.it/chi-siamo](http://www.donzelli.it/chi-siamo) (traducción propia).

lo hacen editoriales universitarias como *State University of New York Press*, Columbia, Wisconsin y *Oxford University Press*.

Entre sus decenas de escritos podemos mencionar, al menos, los libros de su autoría: *La canzone popolare in America. La rivoluzione musicale di Woody Guthrie* (1975); *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1831-1984* (1985); *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History* (1991); *Il testo e la voce. Oralità, letteratura e democrazia in America* (1992); *La linea del colore. Saggi sulla cultura afroamericana* (1994); *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue* (1997); *L'Ordine è già stato eseguito. Roma, le fosse Ardeatine, la memoria* (1999); *América, dopo. Immaginario e immaginazione* (2002); *Canoni Americani. Oralità, letteratura, cinema, música* (2004); *Storie orali. Racconto, immaginazione, diálogo* (2007); *Acciai Speciali. Terni, la Thyssen Krupp, la globalizzazione* (2008); *They say in Harlan County. An Oral History* (2011), *Note americane. Musica e culture degli Stati Uniti* (2011) y *Badlands: Springsteen e l'America* (2015); pero participó también en numerosas compilaciones.

Con algún margen de error, podemos afirmar que sus primeros artículos difundidos en Argentina fueron “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), que compiló Dora Schwarzstein en uno de los libros pioneros en el país sobre esta corriente, del Centro Editor de América Latina; una traducción de su conferencia sobre el Circolo Gianni Bosio (1999) en la revista *Taller* y luego, ya en el contexto pos-2001, comenzaron a llegar sus trabajos sobre las memorias italianas del antifascismo, tanto en la revista *Sociohistórica*, tras su participación en el I Coloquio Internacional de Historia y Memoria (18 al 20 de abril de 2002) realizado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, como en la colección de libros *Memorias de la Represión* dirigida por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, publicada por Siglo XXI España, que tenía por objetivo promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur.

Después, por supuesto, llegó su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004) y una cada vez más frecuente participación de Portelli en eventos locales, brindando asimismo seminarios como los ofrecidos en la Maestría en Historia y Memoria de la UNLP, donde tuvimos la oportunidad de conocerlo.

## **La historia oral y el poder democratizador de la palabra**

Si bien es habitual que todos los movimientos intelectuales construyan sobre sí mismos relatos míticos de marginalidad en relación con las instituciones dominantes, en el caso de la corriente de historia oral de Italia en la que Portelli se entronca, ese recurso tiene poco de exageración. Esto es válido al menos en lo que se refiere al vínculo que existió durante décadas entre sus figuras y los campos disciplinares más consolidados en el mundo universitario, como el historiográfico.

De hecho, allí la historia oral no se originó como práctica académica. Portelli ubica los antecedentes de esta corriente en las obras de los ya mencionados Ernesto de Martino y de Gianni Bosio, así como en las de Danilo Montaldi y Rocco Scotellaro,<sup>14</sup> preocupados, como ya hemos visto, por la cultura y la participación popular, con posiciones políticas de izquierda heréticas ante las líneas oficiales del impetuoso Partido Comunista y del Partido Socialista italianos. Bosio, por ejemplo, planteaba que:

La intención del trabajo cultural es armar a la clase de sus propias armas, hacer de modo que los excluidos, los explotados, los marginados, se den cuenta de la importancia de sus vidas, de su saber, de sus palabras. Y de que es un saber social, es un saber colectivo. Y que nosotros, los intelectuales, que trabajamos en esa arena, devolvamos su saber de una manera más crítica, más analítica, que como lo recibimos. Se trata entonces de recoger sus historias, recoger sus palabras. Ese es el primer nivel. Luego viene un trabajo de analizarlas, conectarlas, elevarlas a un nivel superior de análisis y, después, de llevarlo de vuelta a las fuentes (Portelli, 2010, pp. 10-11; traducción propia).

Luego suele mencionar a aquellos referentes que, si bien tenían inserción universitaria, no eran reconocidos en ese ámbito como historiadores orales. Sus proyectos eran asumidos de manera alternativa, eran subestimados por sus colegas y fueron haciendo camino al andar: el historiador Cesare

---

<sup>14</sup> De la misma manera Gianni Bosio, Danilo Montaldi (1929-1975) y Rocco Scotellaro (1923-1953) son destacados por nuestro autor entre los escritores y referentes políticos de la posguerra que apostaban a incluir a los sectores populares en la historia como sujetos activos de la política y de la democracia (Portelli, 2010).



Bermani, con un recorrido muy cercano al de Gianni Bosio;<sup>15</sup> la socióloga Gabriella Gribaudo,<sup>16</sup> primera presidenta de la *Associazione Italiana di Storia Orale* – AISO;<sup>17</sup> la historiadora feminista Luisa Passerini,<sup>18</sup> muy reivindicada por Portelli por sus trabajos sobre la importancia de los silencios, y Giovanni

---

<sup>15</sup> Cesare Bermani nació en 1937 y vive en Orta San Giulio, de la región del Piamonte italiano. Es un historiador, dramaturgo y —ocasionalmente— cantante, fundador del Instituto Ernesto de Martino. Ha sido de los primeros en Italia en utilizar las narraciones orales con fines históricos y sus intereses siempre han girado en torno a la historia del movimiento obrero y popular. Se desempeñó como redactor y director de diversas revistas como *Il nuovo canzoniere italiano*, *Primo Maggio*, *Il de Martino*, colaborador de *I giorni cantati* y actualmente escribe ensayos para *L'impegno* y *Musica/Realtà*. Ha escrito obras teatrales y ha editado muchos discos registrando el canto popular y social para la discográfica *I Dischi del Sole* de Edizioni Avanti! (cantos jacobinos, garibaldinos, anarquistas, socialistas, comunistas y de la resistencia), así como publicado notas en diarios y periódicos de izquierda. Se cuenta entre los promotores de la Asociación Italiana de Historia Oral, sección de la *International Oral History Association*. Más información en [www.storia900bivc.it/pagine/biografie/bermani.html](http://www.storia900bivc.it/pagine/biografie/bermani.html)

<sup>16</sup> Gabriella Gribaudo nació en Turín y obtuvo su título en Historia en la Universidad de dicha ciudad. En 1974 recibió una beca del Centro de Especialización y Desarrollo para Italia del Sur, cerca de Nápoles. Ha trabajado como investigadora del Departamento de Disciplinas Históricas de la Universidad Federico II de esa localidad y brevemente en la Universidad de Bari. Desde 1994 enseña Historia Contemporánea en la Facultad de Sociología de la Universidad Federico II y entre 2001 y 2007 se ha desempeñado como directora del Departamento de Sociología de dicha universidad. Se ha dedicado siempre a la historia social del sur de Italia, y ha desarrollado también reflexiones sobre problemas metodológicos de la relación entre la historia y las ciencias sociales, sobre las investigaciones micro y macro, sobre la memoria y la historia, así como la memoria y el trauma. Según su perfil académico, en los últimos años se ha dedicado a investigar diferentes procesos de la Segunda Guerra Mundial y la violencia sobre civiles, comparando la documentación oficial y la experiencia de hombres y mujeres; es decir, las miradas “desde arriba” y “desde abajo” de los acontecimientos. Participa en numerosos consejos editoriales y centros de investigaciones de universidades europeas, de publicaciones académicas; es responsable del proyecto Memorias del Territorio, y por su recorrido, entre 2006 y 2013 ejerció como presidenta de la AISO.

<sup>17</sup> La AISO se fundó en Roma en el año 2006 para responder a la invitación realizada por la International Oral History Association a los investigadores italianos, durante un congreso internacional que tuvo lugar en Roma en 2004, para que organizaran una estructura capaz de reunir, estimular intercambios y mantener comunicados a los diferentes grupos, instituciones e individuos que trabajan con las fuentes orales en el país. Hoy tiene sede en la Universidad de Padua. Desconocemos las razones por las cuales Portelli no forma ni ha formado parte de su consejo directivo. Para más información puede consultarse [www.aisoitalia.it/](http://www.aisoitalia.it/)

<sup>18</sup> Luisa Passerini es una historiadora y militante feminista y antiimperialista, nacida en 1941 en Asti, Italia. Se abocó a la historia oral y ha producido significativas reflexiones sobre la oralidad desde el psicoanálisis. Daba clases en universidades de New York, pero tenía poca aceptación en el mundo académico italiano. Hoy dirige el proyecto *Bodies Across Borders: Oral and Visual Memory in Europe and Beyond*, en el *European University Institute* de Florencia.

Contini,<sup>19</sup> actual presidente de la AISO, con el que a menudo Portelli discute en sus trabajos (como en el caso del de Civitella).

Sin duda, las experiencias fundantes de las opciones que fue haciendo Portelli en el marco de esta corriente, que hacen singular a su camino, han sido sus ya mencionadas participaciones en el Instituto Ernesto de Martino y en el Circolo Gianni Bosio. Allí, colectivamente, esos núcleos de investigadores fueron definiendo —mientras recorrían de pueblo en pueblo en busca de canciones políticas italianas, nunca antes registradas— que la historia oral debía construirse a partir de la búsqueda de la igualdad y con conciencia de la diferencia, ya fuera para pensar una historia alternativa o para desentrañar una historia oculta, donde la subjetividad, los sentimientos y las pasiones también tuvieran lugar.

Esto es clave porque así entienden que la cultura de los grupos “aún no hegemónicos” (Portelli prefiere llamarlos así antes que recurrir al gramsciano “subalternos”) debe ser reconocida, tanto como la importancia que tiene la lucha de clases en la arena cultural. En el marco de esa lucha, siguiendo los pasos de Bosio, la tarea de los intelectuales sería promover el reconocimiento de los derechos, saberes e identidades de esos sujetos excluidos, para contribuir al cambio en las relaciones de poder (Portelli, 2010). Porque las clases dominantes, además del poder político y económico, han monopolizado los medios para dejar su huella en los relatos históricos.

De ahí que en diferentes oportunidades escuchamos a Portelli insistir en algo que podría parecer evidente pero que no lo es tanto, si pensamos en la tradición de muchas de nuestras ciencias sociales: lo más valioso de la historia oral es que brinda la oportunidad de trabajar con seres humanos, de realizar un trabajo dialógico. Así, mediante el trabajo específico de investigación

---

<sup>19</sup> Giovanni Contini Bonacossi se formó en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Florencia. Se define como historiador oral, aunque es más reconocido en Italia por su trabajo como archivista. Desde mediados de los años ochenta trabajó como responsable de los archivos audiovisuales de la Superintendencia Archivística de la Toscana, en el desarrollo de proyectos orales y audiovisuales sobre historia política, historia de la identidad local, de los distritos industriales y, en general, de la actividad productiva típica de la región. Según su breve reseña autobiográfica en la web de la Asociación Italiana de Historia Oral, también se ha dedicado a la historia social (de obreros industriales, aparceros, artesanos), a la historia de la Segunda Guerra Mundial (en particular a las masacres de civiles realizadas por las tropas alemanas entre 1944 y 1945) y a la metodología de las fuentes orales en la historiografía. En el año 2014 asumió la presidencia de la AISO.

se apuesta políticamente tanto por el derecho a tomar la palabra como por el derecho de los sujetos a ser escuchados, a tener un papel en el discurso público y en las instituciones políticas. Y por ello no solo se recurre a las personas porque poseen información que se precisa, sino porque, sobre todo, se parte de pensar que hay un vínculo muy profundo entre la oralidad y la democracia, y la democratización social es parte del horizonte de esta corriente de la historia oral.

Al ser la oralidad un medio que, a diferencia de la escritura, la gran mayoría de los seres humanos poseen o de alguna manera controlan, y ser, específicamente, la forma de comunicación con todos los que están excluidos de los medios y del discurso público, para Portelli es clave escuchar esas voces y amplificarlas. En esto se diferencia de aquellos que sostienen que la historia oral sirve para “dar voz a los sin voz”: en este autor los marginados, los excluidos, los sin-poder tienen voz; el principal problema es que no hay nadie que los escuche y su voz queda, por lo general, recluida en un espacio reducido. Por eso asume en sus trabajos la definición de la escritora Leslie Marmon Silko sobre la importancia de los relatos orales: “las historias son herramientas que necesitamos no solo para sobrevivir sino para vencer. Son una protección que nos permite salvarnos y también activar instrumentos para cambiar el mundo, porque hay poder en las palabras” (Portelli, 1999, p. 4).

Por supuesto, esto lo lleva a plantear otras cuestiones inmediatamente conectadas. En primer lugar, que al ser un trabajo de relación, la historia oral implica numerosas cuestiones políticas y éticas, que emergen en distintos niveles. Portelli entiende que aparecen tanto el problema de las relaciones del investigador con las instituciones del poder político, cultural y académico como la cuestión de la relación de los investigadores con los sujetos que los ayudan a buscar esa historia alternativa (Portelli, 2010).

En cuanto a ese último problema, en tanto los narradores orales que se entrevistan no son pensados como “informantes” ni “objetos de investigación” sino “sujetos de un proyecto compartido”, de un diálogo, se asume que hay dos agendas que están presentes en cada encuentro: la de aquel que tiene preguntas sobre algunas cosas que quiere conocer y la del entrevistado, que aprovecha esa oportunidad para contar las historias que desea contar, que quizás —en muchos casos— no son las historias buscadas por el investigador (Portelli, 2010).

Por eso su definición sobre la entrevista es un llamado de atención — metodológicamente hablando— cuando afirma que no es un acto de extraer información, sino la apertura de un espacio de narración, compartido, performativo, en donde la presencia del historiador es fundamental porque ofrece al entrevistado alguien allí para escucharlo, cosa poco frecuente en nuestra sociedad contemporánea (Portelli, 2010, p. 4). Y por la misma razón, ante cualquier pregunta en clase por técnicas de entrevista, Alessandro Portelli responde que estas no existen, sino que puede hablar de éticas en la entrevista: respeto, paciencia, flexibilidad, así como pasión auténtica de conocer a los otros y de estar con ellos en una historia compartida, como sostenía de Martino (Portelli, 2010, p. 6).

Por un lado, porque la entrevista “alienta un esfuerzo de autoconciencia, de crecimiento y de cambio en todos los involucrados” (Portelli, 1999, p. 13). Por otro, porque en cada entrevista, al tiempo que se produce una experiencia de aprendizaje en la cual se invierte quien enseña y quien aprende, se reconoce la importancia del mundo cultural de los entrevistados y el poder queda —por un momento— en manos del entrevistado, que puede hablar o callarse; rápidamente vuelve a su lugar, ya que esa situación no tiene posibilidades de escapar al contexto sociohistórico en que se inscribe y a las desigualdades y diferencias existentes (de clase, de género, de educación, generacionales, etc.) (Portelli, 2010, p. 5).

De hecho, Portelli destaca que, en la mayoría de los proyectos de historia oral, el historiador pertenece a una clase con más poder que la de las personas que entrevista, y aunque sea precisamente la diferencia la que hace interesante el diálogo, no se puede desentender de las lógicas de poder que lo atraviesan y de las líneas que lo separan. Por eso, solo al encontrarse, al reconocerse sin dejar de criticar la desigualdad y apuntar a destruirla, la entrevista se constituye en un experimento de igualdad, es decir, “un momento utópico en que tratamos de imaginar cómo podría ser el mundo si un campesino empobrecido y un profesor universitario fuesen política y socialmente iguales” (Portelli, 2010, p. 6). Y por la misma razón, también alerta el autor que hay que ser cuidadoso en nuestras prácticas cuando termina la entrevista, el poder “vuelve a nuestras manos” y nos sentamos a trabajar en nuestros libros (sean estos científicos, periodísticos o de divulgación) transcribiendo y editando las palabras que los entrevistados nos confiaron en el encuentro (Portelli, 2010).

Por último, el otro gran aspecto a destacar de este proyecto de historia oral que Portelli ha promovido y que tanto impacto tuvo en nuestra región, es que con su puesta en circulación, apunta a subvertir el monólogo típico de la escritura académica impulsando un discurso polifónico, en el cual los historiadores aparecen más como directores de un coro al fomentar la expresión de una pluralidad de voces y sujetos (Portelli, 2010). De hecho ha contado que si bien se le ocurren algunos ejemplos de la literatura que pueden haberlo influenciado, sus modelos han sido principalmente musicales: el llamado y la respuesta de cada instrumento en una *performance* de jazz, o la estructura de los oratorios barrocos, de Haendel o Bach:

donde a una secuencia de arias (en este caso, largos fragmentos de una sola voz) y coros (un rápido montaje de fragmentos de citas que parecen estar sonando todas a la vez) articuladas por una voz que -mitad cantando, mitad hablando- lleva el argumento recitado (en este caso, mi propia voz narrativa). Aunque por supuesto, la voz narrativa no explica todo: mucho está implícito en la articulación no exhaustiva de relatos y su interacción. Mucho del sentido está en las lagunas y en los silencios, para ser extraído o completado con la cooperación e imaginación de los lectores (Portelli, 2011, pp. 11; traducción propia).

## **Las memorias de la clase obrera**

Poco conocemos de los primeros trabajos de Portelli sobre la música y la cultura popular en Italia y EE. UU. Los que comenzaron a trascender internacionalmente, además de sus escritos metodológicos, fueron aquellos centrados en las memorias de la clase obrera, en algunos casos previos y en otros simultáneos con las demás líneas de investigación que fue encarando a lo largo de su vida.

Como ha planteado en diferentes oportunidades, sus tempranos intereses en relación con la historia oral no tuvieron que ver con la preocupación por la veracidad de los relatos orales, sino con un interés cultural y metodológico por la imaginación y la narración, así como por la política desde una perspectiva de izquierda (Jaschek y Raggio, 2005, p. 34).

En Terni, la localidad de su infancia, Portelli ha investigado mucho sobre las memorias de la resistencia clandestina contra el fascismo en los años 30,

pero uno de sus trabajos más famosos fue aquel sobre los modos en que la muerte de un trabajador, Luigi Trastulli, producida en la inmediata posguerra, fue elaborada, transformada e interpretada en la memoria colectiva.<sup>20</sup>

Trastulli fue un joven obrero de una acería de la localidad de Terni, que murió el 17 de marzo de 1949 cuando miembros de la brigada especial de la policía reprimieron a los trabajadores que salían de la fábrica para participar de una manifestación contra la OTAN. En ese trabajo, desarrollado a partir de los escritos previos sobre la historia de la clase obrera de Terni y sus fuentes orales, construidas con entrevistas realizadas treinta años después de los hechos, Portelli analiza algunos mecanismos generales del funcionamiento de la memoria. Así encuentra que la convergencia de relatos equivocados, invenciones y leyendas, que van desde las reconstrucciones imaginarias de la dinámica del acontecimiento, hasta la traslación del mismo de un contexto a otro, son parte de un fenómeno excesivamente coherente para ser atribuido a un mal funcionamiento de la memoria de los individuos.

Como ha afirmado en sus clases y en entrevistas, la memoria es una búsqueda de sentido. El olvido puede ser sobre aquello que no tiene sentido o aquello que tiene demasiado sentido, y los silencios pueden ser sobre aquello para lo que no se pueden encontrar palabras. Y cuando los relatos se distancian de los hechos, ahí comienzan a emerger con claridad los deseos, la imaginación, la ilusión, no solo en cuestiones individuales, sino también socialmente compartidas, algo que siempre le ha interesado sobremanera (Jaschek y Raggio, 2005).

Por eso, en su artículo desentraña cuáles son las razones de las regularidades, en este caso, de aquella memoria colectiva obrera de Terni (como la tendencia hacia la épica, o la traslación cronológica y contextual del hecho hacia 1952/1953), y qué tareas de representación simbólica le han asignado diferentes generaciones a ese acontecimiento de la lucha de clases, por lo que

---

<sup>20</sup> Sin embargo, en los últimos años reniega de la idea de memoria colectiva de Maurice Halbwach, porque entiende que la memoria es social, compartida, como un encuentro de memorias individuales que conforman un mosaico. Cuando utiliza la expresión memoria colectiva suele referirse a memorias cristalizadas en instituciones y no a la dinámica cotidiana: “El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Ya no es así. Sabemos que no [...] La memoria no es una cosa estática, cambia, está en movimiento” (Jaschek y Raggio, 2005, p. 36).

las versiones inexactas resisten a pesar de su señalamiento y la memoria se muestra relevante como hecho histórico.

Por otra parte, en lo que hace a las memorias de la lucha de clases, también fue clave su trabajo en Harlan County, Kentucky, Estados Unidos, aunque aquí aún hemos leído poco sobre aquella experiencia. También llegó al tema desde su pasión por la música popular de intervención política y cuenta que su primer contacto con la problemática de la clase obrera norteamericana se produjo probablemente a comienzos de los años sesenta, primero a partir de escuchar la canción *Which Side Are You on?* de Florence Reece, sobre la dramática huelga minera de 1931-1932, y luego con el álbum *Songs from the Depression* de New Lost City Ramblers,<sup>21</sup> que desafiaban como revelación esa imagen de Estados Unidos como país sin conflictos de clase (Portelli, 2011).

Por eso, fue muy llamativo para él recorrer la región de los Apalaches en 1973 con David Walls y hallar una comunidad muy movilizada sindical y políticamente, en la cual las luchas de los años treinta parecían ajenas, no estaban vivas en la memoria, pero había otras numerosas batallas que podían ser reconstruidas a partir de las narraciones orales.

En verdad lo atrapó la pelea cotidiana por la supervivencia de esa localidad nacida en torno a las minas del carbón, con blancos pobres cansados de ser cosificados por sus conciudadanos y por la academia, y un pueblo afrodescendiente agotado del paternalismo que persiste desde tiempos del esclavismo.

Con viajes constantes a Harlan tuvo ocasión de profundizar sus reflexiones sobre la entrevista como experimento de igualdad. Entre él y la mayoría de los hombres y mujeres con que se encontraba había líneas divisorias de edad, clase, género, educación, religión, lenguaje, color y nacionalidad; y, sin embargo, el esfuerzo mutuo por cruzarlas, sin desconocer ni las diferencias ni las desigualdades, hacía posible las entrevistas (Portelli, 2011, p. 8).

## **Las memorias del antifascismo y la democracia italiana contemporánea**

En la década de los 90, las repercusiones del trabajo realizado y el nuevo contexto político italiano comenzaron a transformar las relaciones de los his-

---

<sup>21</sup> Algunos de estos temas se encuentran disponibles en YouTube. La canción de Florence Reece, en [www.youtube.com/watch?v=Nzudto-FA5Y](http://www.youtube.com/watch?v=Nzudto-FA5Y) y uno de los temas de New Lost City Ramblers [www.youtube.com/watch?v=5WT61YEF06w](http://www.youtube.com/watch?v=5WT61YEF06w) [Consultados el 30/03/2016].

toriadores orales en general, y de Portelli en particular, con las instituciones académicas italianas.

En una de las entrevistas realizadas, Portelli recuerda la conferencia de Arezzo de 1994, titulada *In memory: For a European Memory of nazi crimes after the end of the cold War*,<sup>22</sup> como la primera oportunidad en que algunos historiadores consagrados invitaron a Luisa Passerini y a él, en cuanto historiadores orales, para disertar en el encuentro, porque empezaban a reconocer la importancia de sus estudios para desarrollar investigaciones sobre la memoria que comenzaban a atraer a numerosos colegas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014). Un verdadero giro que propició un encuentro impensado poco antes, más allá de las tensiones que persistían.

Así, de la mano de sobrevivientes, historiadores orales y otros científicos sociales, el tema de la memoria cobró gran fuerza en la Italia de esos años. En parte porque empezaban las conmemoraciones de los cincuenta años de la caída del fascismo, de la ocupación nazi y del fin de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto por demás complejo. Cincuenta años habían pasado de aquellas masacres y por primera vez había sido electa una coalición de centroderecha (conocida como Polo de las Libertades y Polo del Buen Gobierno, dependiendo de la región), liderada por Silvio Berlusconi, la cual incluía un partido heredero del fascismo (la Alleanza Nazionale) que promovía un programa neoliberal y profundamente anticomunista.

Portelli entiende que en ese marco, en el campo intelectual se dio un movimiento de revisionismo histórico del antifascismo que cuestionaba desde viejas y nuevas perspectivas de derecha una Resistencia cuyos principios —simplificados y mitificados al extremo— habían sido el fundamento

---

<sup>22</sup> Sobre la cual también ha escrito Eric J. Hobsbawm en su famoso trabajo “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity” de 1994, publicado en español como “La historia de la identidad no es suficiente” (1998). Hobsbawm relata que “la conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. [...] Por tanto -y ello no tiene nada de extraño- la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente” (1998, pp. 266-267). Recomendamos volver a leer ese artículo porque describe el panorama del encuentro y sus múltiples problemas con mucha claridad.



de la Constitución de 1948 y por ende de la democracia italiana.<sup>25</sup> Plantea al respecto:

Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Los italianos estamos tremendamente aburridos, me imagino, de la definición: la República que nació de la Resistencia. De todas maneras, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución. Pero si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos, la versión es culpa de los partisanos. Una versión antagonica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de la resistencia a nuestra democracia y de un hecho innegable: la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Eso es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista nacida de la Resistencia o es otra cosa? (Portelli, 2006, p. 55)

Comprendió entonces que en el terreno de las memorias del antifascismo no se jugaba una batalla cultural más, sino una que comprometía el presente y el futuro de Italia. Y también, que en esa batalla la historia oral tenía mucho que aportar al ser un arma muy efectiva contra las memorias que pretenden ser monolíticas, más cuando son sostenidas simultáneamente desde el poder político, las instituciones tradicionales y los medios de comunicación hegemónicos, al ayudar a reconocer la multiplicidad de memorias en la sociedad y sus conflictos (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014, p. 9)

Así es que, alarmados por esta situación, Portelli y otros intelectuales apostaron, por un lado, al rescate y análisis de la memoria de los partisanos;

---

<sup>25</sup> Portelli ha analizado en otros trabajos aquellos elementos que se promovieron como sentido común para afianzar la identidad italiana a partir de la posguerra (Portelli, 2002b). Allí ha relevado que, sobre todo durante la Guerra Fría, se insistía en que la totalidad del pueblo italiano había participado de la lucha por la liberación y se sostenía la idea de una Resistencia como movimiento unificado y no como una experiencia conflictiva y plagada de divisiones. Además, en ese marco se recurría a la imagen del partisano moribundo antes que a la del partisano combatiente, se delegaba toda la violencia al enemigo (los alemanes, y para la izquierda también los fascistas) y se postulaba una imagen virtuosa y pacificada, no violenta y respetable de los comienzos nacionales. Frente a esas “vulgas de la Resistencia” piensa que fue creciendo una contramemoria de la derecha.

y por el otro, al desmantelamiento de las llamadas “vulgatas de la derecha” sobre la Resistencia, por la fuerza y habilidad con que estas últimas construcciones de sentido sobre el pasado se estaban tornando sentido común y representaban un riesgo cada vez mayor. En particular, todo lo relacionado con la lucha de los partisanos y el recurso a la violencia durante la Resistencia.

Volcado sobre estas problemáticas, ya para la conferencia de Arezzo de 1994 (mencionada al comienzo de este apartado), presentó una primera versión del artículo que aquí en Argentina hemos traducido como “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)” (Portelli, 2016c), que concentra gran parte de las reflexiones y aportes que luego desarrollaría en otros casos.

A lo largo de ese trabajo, el autor interroga las memorias generadas en torno a una masacre cometida el 29 de junio de 1944 en Civitella, donde el ejército alemán ejecutó a 115 civiles, todos hombres.<sup>24</sup> Para abordar el problema, Portelli tomó como punto de partida lo que el investigador Giovanni Contini había descripto y definido como “memoria dividida” (Contini, 1996) y propuso extender y radicalizar esa definición, porque Contini solamente contemplaba la división entre una memoria “oficial”, que durante décadas había tenido por eje la reivindicación de la Resistencia, con mayúsculas, y la de los familiares de las víctimas, en su mayoría viudas e hijos, centrada en la propia pérdida y en el duelo, que había renegado siempre de las conexiones con la resistencia y culpado a los partisanos por provocar la represalia alemana con su acción (Portelli, 2016c).

La contribución principal del estudio de Portelli es señalar que esa dicotomía es falsa y forzada, y que nos encontramos con una multiplicidad de memorias fragmentadas e internamente divididas, ideológica y culturalmente, tanto entre generaciones como en cada individuo. Esto lo demuestra analizando las narrativas de los sobrevivientes de la masacre: en especial, aquellas de las viudas e hijos de los ejecutados. En sus esfuerzos por narrar lo “inexpresable” del dolor, se producen construcciones culturales de palabras e ideas que deben ser críticamente comprendidas. Además, remarca que el

---

<sup>24</sup> El mismo día fueron asesinadas 58 personas cerca de La Cornia y 39 en San Pancrazio, y todas esas masacres fueron atribuidas a una represalia alemana por la acción partisana que se cobró la vida de tres soldados alemanes el 18 de junio previo.

duelo también es un proceso elaborado históricamente y que el testimonio cambia con el tiempo. Su intención, por supuesto, no es cuestionar su credibilidad, sino investigar la estructura y los sentidos de su construcción narrativa de aquellos acontecimientos, algo que ya habían realizado otros investigadores sobre las memorias de los partisanos. Destaca, por ejemplo, que casi todas las narraciones de la masacre de los familiares de Civitella comienzan, tienen su *incipit*, con la acción partisana en contra del ejército de ocupación alemán el 18 de junio. No comienzan ni con el fascismo, ni con la guerra, ni con la experiencia de la ocupación y sus primeras víctimas, ni con las tensiones territoriales y clasistas previas.

En ese sentido, llama la atención de los lectores al plantear que ese *incipit* elegido (lo que marca el pasaje de lo aparentemente ordenado a lo desordenado, a lo que vale la pena contar), está siendo construido —en los años noventa— por adultos que eran niños o adolescentes cuando se produjo la masacre. Por lo tanto, el tono destacable en sus narrativas de un “paraíso perdido” o “edad de la inocencia” truncada con aquel hecho, hay que entenderlo fuertemente asociado con las reminiscencias infantiles.

Al igual que en otros trabajos posteriores, aborda las contradicciones que se producen en estas narrativas cuando los actos de la Resistencia pueden ser bien reputados en abstracto, pero jamás los hechos concretos y cercanos. Pero también cómo en la inmediata posguerra, los sobrevivientes de Civitella parecen no haber criticado a los partisanos, sino que la hostilidad tomó cuerpo después, a partir de algunas ejecuciones que los partisanos realizaron de colaboracionistas que en realidad eran bastante respetados por la comunidad (o no eran necesariamente más fascistas que el resto), por los que en las décadas siguientes hubo algunos juicios antipartisanos y se fue consolidando progresivamente esa perspectiva en el sentido común. Un sentido común en el que también, simultáneamente, cada vez se refuerza más como una virtud ser una “víctima inocente”; es decir, algo que desde otra mirada podría pensarse como no haber hecho nada para combatir el fascismo ni la ocupación. En otras oportunidades esto fue denominado como “la ideología del heroísmo de los que no hacen nada”, “la pasividad como virtud, me parece que ese es el modelo de ciudadanía que no milita, que no vota y que no se propone temas fundamentales, sólo está interesada en una buena administración” (Barela, Clementi, Míguez y Paredes, 1998, p. 6).

El mismo año de la conferencia de Arezzo fue ubicado en San Carlos de Bariloche, Argentina, el criminal de guerra nazi Erich Priebke, responsable de otra masacre muy significativa para Italia: la masacre de las Fosas Ardeatinas, ocurrida en Roma el 24 de marzo de 1944, sobre la que habló sin remordimientos ante las cámaras de la cadena norteamericana ABC.<sup>25</sup> Esto suscitó una conmoción entre los sobrevivientes italianos. Con mucho esfuerzo consiguieron que se solicitara la extradición para que fuera juzgado y que esta fuera concedida por el gobierno argentino de Carlos Saúl Menem en noviembre de 1995. Sin embargo, los procesos judiciales en su contra en Italia sufrieron una reiterada serie de marchas y contramarchas, que llevaron a que primero fuera liberado por considerarse prescriptos los crímenes, y que luego lo volvieran a procesar y condenar, pero solo a 15 años y con prisión domiciliaria por su edad, lo cual desató numerosas polémicas en la opinión pública durante varios años.<sup>26</sup>

En ese escenario Portelli comenzó a trabajar también con el caso de las memorias de la masacre de las Fosas Ardeatinas de manera más específica, aunque no le era un tema ajeno en absoluto, por residir en Roma desde décadas atrás, estar vinculado con diferentes organizaciones de tradición antifascista y hallarse sumamente preocupado por la aparición de carteles a favor de Priebke y de esvásticas en la ciudad.

Además, por las dimensiones de la masacre, por la justicia fallida y por las controversias que se generaron en torno a ella, seguía siendo una herida abierta en la memoria. Si bien no fue la peor matanza de los nazis en Italia, sí fue —como ha demostrado el autor— la única matanza “metropolitana” en Europa, perpetrada en el espacio urbano de una gran capital y que reunió una diversidad de víctimas tan grande (fueron asesinadas 335 personas). No

---

<sup>25</sup> Cincuenta años después de la masacre, Priebke fue ubicado a los 81 años, tras un arduo trabajo de investigación, y entrevistado en las calles de Bariloche por el periodista estadounidense Sam Donaldson. Lo que impactó a todos fue que Priebke en un primer momento consideró que no era ya un riesgo referirse al tema, y reconoció frente a las cámaras su autoría en los asesinatos en Italia alegando que recibió órdenes superiores y que su deber era ejecutarlas. Solo cuando fue interpelado como criminal de guerra por el periodista, Priebke terminó en forma abrupta la entrevista. El impacto que causó en Bariloche fue enorme, al punto que una parte significativa de la sociedad se resistió a creerlo e incluso realizó campañas a su favor.

<sup>26</sup> Priebke falleció a los cien años de edad en su residencia de Roma el 11 de octubre de 2013.

había tenido precedentes en la zona y fue, de hecho, el modelo para algunas masacres posteriores.

El autor entendió que su trabajo sobre aquel acontecimiento, recordado como represalia frente a un ataque partisano que cobró la vida de 32 alemanes, podía contribuir a pensar “la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante un solo día, al siguiente del atentado” (Portelli, 2006, p. 53). En ese sentido, comprendió también que abordar el caso de las Fosas:

esclarece la historia a través de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, y esclarece la memoria porque se constituye en un eje de ardientes polémicas que comenzaron casi inmediatamente después de los hechos y aún no se han extinguido (Portelli, 2006, p. 53).

Polémicas que renacen con la captura de Priebke y tienen implicancias graves, en especial porque, al ser esta masacre tan visible, Portelli percibe que investigar la distancia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo puede ofrecer numerosas claves para entender el sentido profundo de ese acontecimiento para la sociedad italiana. De la misma manera, puede brindar la oportunidad de analizar con cada mito toda la complejidad de la identidad nacional, las bases constituyentes de la democracia italiana a partir de la posguerra, de las políticas de memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales, temas que, como ya hemos visto, venían preocupando al autor desde hacía un tiempo.

Los mitos, desde esta perspectiva, son narraciones que sirven para sostener creencias del orden colectivo que están en la base de esos relatos. En el caso de las Fosas, el núcleo duro del conflicto es la persistencia de un mito en particular, más allá de que los hechos están documentados hace medio siglo: “la búsqueda por parte de los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron, dejando de esta manera que los rehenes fuesen matados” (Portelli, 2006, p. 54). Esto lo relaciona con la típica búsqueda de culpables de la masacre, pero entiende que ha sido estímulo para el debate histórico funcional a la derecha, donde el peso cae siempre sobre los partisanos que integraron la Resistencia y no sobre los alemanes, más allá de que cambien los relatos en el tiempo.

Por eso piensa los claroscuros de ese mito, da cuenta de un aspecto positivo de la identidad nacional italiana de posguerra: no ser un pueblo belicoso, “y, por eso, de cierta manera, el intento de imaginar los partisanos como héroes de guerra nunca tuvo gran éxito” (Portelli, 2006, p. 55). Pero también señala que en los años noventa, en particular, ve su persistencia relacionada con que las instituciones que más influencia seguían ejerciendo sobre la memoria pública eran la religión y las fuerzas armadas —con más fuerza tras la caída del Muro y la crisis del comunismo— para las que cualquier cosa que hubieran realizado los comunistas siempre fue y seguía siendo una acción criminal (Portelli, 2006).

De todas maneras, Portelli no se queda solo en el análisis de la memoria pública; por el contrario, siguiendo sus postulados sobre la escucha como precepto profesional, se preguntó sobre cómo siguió la vida de los familiares de cada uno de los que fueron asesinados en la masacre y realizó más de doscientas entrevistas a viudas e hijos de aquellos hombres. Así pudo acercarse a las trayectorias previas y a los recorridos posteriores, atento a la diversidad de procedencias e identidades de los masacrados, como también a cada problema que debieron enfrentar en los cincuenta años siguientes aquellos que los sobrevivieron, entre los que se cuenta la justicia fallida.

Además, entrevista a jóvenes, en especial a aquellos que dicen que no saben nada, que afirman que no tienen ninguna memoria histórica sobre el acontecimiento, pero a quienes suele llevarse como visita escolar a las Fosas y cuya simbolización también es más que atractiva para analizar los sentidos de la muerte y la experiencia que de ella hacen las nuevas generaciones. Este es otro de los temas que, junto a los movimientos sociales juveniles, Portelli abordará reiteradamente a lo largo de su obra (Portelli, 2006).

Con todos estos recursos, sin duda, una de las principales contribuciones del autor —que, tras varios anticipos, se plasmó definitivamente en el libro *La orden ya fue ejecutada* (publicado en Italia en 1999, en Argentina en 2004)— es desarmar cuidadosamente ese sentido común dominante en Roma “empapado de desinformación” (Portelli, 2004, p. 15). Partiendo de un acontecimiento bisagra, y como esa masacre ahonda en el sentido común que nació de relatos que combinaron durante décadas la capacidad de sugestión de presentarse como relatos alternativos, desde la derecha y la Iglesia católica contra la “historia de los vencedores” y la “vulgata de la resistencia” de la posguerra, con

la fuerza de penetración de partidos y medios de comunicación, constituye una narración que es efectivamente hegemónica y peligrosa. En esas páginas, Portelli nos contagia la fascinación por los relatos erróneos, los mitos, las leyendas y los silencios que se han construido en torno a estos hechos, y nos revela algunas dimensiones desde donde se puede poner en jaque a la hegemonía de la derecha (y a cualquier hegemonía).

Algunas estrategias concretas que despliega Portelli para desmontar vulgatas son: ampliar la secuencia narrativa, señalar las implicancias de su *incipit*, situar los testimonios en el contexto biográfico de cada persona y también en el sociopolítico, demostrar sus mutaciones en el tiempo. Vuelve en el tiempo hasta la primera noticia que se publica sobre la masacre, en el *Osservatore* (diario del Vaticano), y reconstruye las nociones que allí aparecen expresadas —irresponsabilidad partisana, sacrificio, inocencia, víctima, culpables— para conformar como un solo hecho automáticamente relacionado la acción partisana en Via Rasella y la masacre de las Fosas Ardeatinas. Allí se diferencia a las “víctimas” (los 32 alemanes contra quienes los partisanos realizaron un atentado el 23 de marzo) de las “personas sacrificadas” (los 335 hombres asesinados en la represalia de las Fosas Ardeatinas) y de los “culpables escapados al arresto” (los partisanos) (Portelli, 2004, p. 14). Portelli entiende que ese es el relato que aún hoy envenena el sentido común y que allí radica el éxito a largo plazo de la represalia nazi: en contaminar la memoria del hecho, de la resistencia, la identidad y los orígenes de la República. En el hecho de que se fusionaran en el sentido común moderado los relatos de la extrema derecha (2004: 16). Aunque parece, tal vez, un ejercicio sencillo enmarcar las acciones en su contexto, esto produce un efecto demoledor sobre los mitos y sobre el sentido común dominante posterior. Como plantea el autor, si en el relato aparecen las deportaciones, los fusilamientos, los rastrillajes, el hambre, el miedo, entonces el atentado de Vía Rasella ya no es una causa sino un efecto (2004, p. 143).

Por eso es que el libro se ofrece como ceremonia para conjurar un retorno del fascismo. Por esa razón, los nombres de las víctimas acompañan el comienzo y final de cada capítulo como en cada acto de conmemoración anual, porque Portelli asume su trabajo como un desafío metodológico, sí, pero sobre todo, como una iniciativa de acción intelectual de compromiso cívico.

Por último, otro de los grandes temas que preocupan a Portelli en relación con las memorias del antifascismo es el de los mitos de la visión oficial de la Resistencia en la posguerra y algunas “fallas de la memoria de izquierda”. Ambos tópicos, tratados en el libro sobre las Fosas, los desplegó también en artículos como “Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia Posfascista” (2002b), y en el trabajo sobre la Batalla de Poggio Bustone (2016b).

Para Portelli son graves, durante la Segunda República italiana, las consecuencias de que la izquierda haya evitado durante décadas algunos temas controversiales, en particular que no todos los italianos eran antifascistas y que la Resistencia fue una insurrección armada que involucró actos de violencia,<sup>27</sup> promoviendo así un consenso antifascista moderado y negando incluso las memorias de los propios partisanos. Ese tipo de errores ha dado lugar a que tampoco haya podido encontrar estrategias para responder a la “contra-memoria de la derecha” que se presentaba a la opinión pública con un tono sensacionalista de revelación de verdades ocultas, haciendo aparecer a los partisanos como una minoría descarriada y violenta, en sintonía con que el fin de la Guerra Fría y el revisionismo histórico internacional iban corriendo el foco del nazismo al comunismo como mal supremo del siglo (Portelli, 2002b).

## **A modo de cierre**

Por todo lo que hemos visto hasta aquí, no es llamativo que en Argentina —y en particular en La Plata— la obra de Alessandro Portelli comenzara a ser reconocida a fines de los años 90 y despertara mayor interés partir del período 2001/2002.

Su apuesta por la historia oral estimuló inquietudes en aquellos que buscaban resistir desde adentro y desde afuera de la academia al consenso neoliberal, por su potencialidad demoledora de los discursos hegemónicos. Con la difusión de sus trabajos metodológicos y aquellos sobre las memorias obreras de Terni, Portelli enseñaba que los excluidos siempre habían tenido voz, solo que nadie (o pocos) los habían escuchado, porque no han tenido ni tienen

---

<sup>27</sup> Sostiene que así muchos jóvenes que fueron criados en el rechazo generalizado de la “violencia” como categoría indiferenciada eran incapaces de realizar distinciones para filtrar la imagen de partisanos que también mataron por su país, y que la izquierda estaba mal preparada para enfrentar el “redescubrimiento” de la Resistencia como guerra. De la misma manera, el hecho de que, tanto en esa guerra de liberación como posteriormente, también los partisanos cometieron acciones discutibles, a veces directamente criminales, aisladas pero innegables (Portelli, 2002b).



garantizado el acceso al discurso público. En otras palabras, el problema no es ni ha sido nunca la mudez de los grupos “aún no hegemónicos” (parafraseando la pregunta “¿puede hablar el sujeto subalterno?” de Gayatri Spivak), sino la sordera o hipoacusia social en el sistema en que vivimos. Por eso, quienes comenzaron a adherir a la historia oral y siguieron sus propuestas han trabajado para garantizar el derecho de los sectores populares no solo a la palabra, sino también a ser escuchados, y se han comprometido a reunir esas voces, amplificarlas y ponerlas en juego para que tengan oportunidad de modificar radicalmente al discurso público.

Sus investigaciones sobre la relación entre historia y memoria del antifascismo y las masacres del nazismo, que fueron conociéndose hacia comienzos del nuevo siglo, generaron un efecto de mayor proximidad con los investigadores y las preocupaciones locales sobre la historia reciente de nuestro país, un campo por entonces en formación, lo que propició que fuera invitado a coloquios para poner en común sus desarrollos. Eran tiempos en que el consenso neoliberal estallaba y junto con él se agrietaba el andamiaje de impunidad construido en torno a leyes como las de obediencia debida y punto final a fines de los años ochenta. En ese marco fue ampliándose el interés en los ámbitos académicos y en el movimiento de derechos humanos local por conocer las reflexiones que se habían producido en Europa sobre la memoria social (con sus olvidos, mitos y silencios), las políticas de memoria (con su tensión intrínseca), y los sitios de memoria y lo ritual que los rodea, temas recorridos insistentemente por Portelli en su obra, lo cual permitió un encuentro productivo que aún tiene mucho camino por delante.

Por eso, una gran cantidad de líneas de investigación, en diversos campos, se han inspirado en la obra de Portelli en la última década y es probable que así siga siendo en la medida en que se expanda una mirada más integral sobre sus diferentes trabajos, publicados recientemente en español. Además, el cambio de signo producido en la política argentina a fines del año 2015 está planteando un escenario hostil y desafiante para todos los comprometidos con estas problemáticas, y creo que desde la lectura de Portelli podemos encontrar herramientas para desarmar las nuevas vulgatas de la derecha vernácula.

Por último, quería mencionar una anécdota que es significativa de las claves con las que Portelli ha sido leído entre muchos jóvenes de Argentina. Malcom Suárez, un estudiante colombiano muy despierto de la cátedra

de Introducción a la Historia en mi Facultad, me preguntó en clase durante el año 2014, mientras trabajábamos el artículo de Alessandro Portelli sobre las memorias de la masacre en Civitella, algo así como “¿no hay puntos en común entre la obra de Portelli y la apuesta de Rodolfo Walsh en *Operación Masacre?*”, una lectura que él había hecho por propio interés. La verdad es que primero pensé en decirle que no; creía que tenía que explicarle la historia oral en relación con su propia historia, pero sobre todo a distinguirla del periodismo de investigación, o de la *non fiction*, como han sido llamados los trabajos de Walsh... Se me ocurría que sí compartían, tal vez, la preocupación por masacres, pero que eran incluso dos experiencias muy distintas... Sin embargo, había algo en esa conexión que parecía tener mucho sentido para Malcom. Se notaba. Así que, antes de responder, le consulté por qué lo planteaba. De todo lo que dijo a continuación, recuerdo sobre todo que hizo hincapié acertadamente en la idea de la escucha, en el alto valor de la escucha en todas las investigaciones de Walsh y de Portelli, además del compromiso militante de ambos. Tenía razón. Y me dejó pensando mucho en ese tema.

Si bien no pertenecen exactamente a la misma generación, y por lo que menciona en una entrevista, Portelli conoció la obra de Walsh recién en su viaje de 2005 a La Plata (Jaschek y Raggio, 2005), ambos forjaron sus principales opciones y convicciones en aquellos revueltos años sesenta y setenta, para amplificar con sus escritos e iniciativas las voces de los explotados y sus tradiciones de lucha. Por eso, para cerrar, pueden valer para Portelli las palabras de la carta que Walsh escribió en 1976, en plena dictadura, al conocer la muerte de Francisco “Paco” Urondo cercado por fuerzas policiales, y que hablaban tanto de “Paco” como de él mismo:

El problema para un tipo como vos y un tiempo como éste, es que cuando más hondo se mira y más callado se escucha, más se empieza a percibir el sufrimiento de la gente, la miseria, la injusticia, la crueldad de los verdugos. Entonces ya no basta con mirar, ya no basta con escuchar, ya no alcanza con escribir (Walsh, 2007).

## **Bibliografía**

Barela, L., Clementi, H., Míguez, M. y Paredes, D. (1998). Charla con Alessandro Portelli. *Voces recobradas. Revista de Historia Oral del Instituto Histórico de la*

- Ciudad de Buenos Aires*, 1(3), 4-6. Recuperado de [www.historiaoralargentina.org/attachments/article/vocesrecobradas/RHO03.pdf](http://www.historiaoralargentina.org/attachments/article/vocesrecobradas/RHO03.pdf)
- Bretal, E., Matas, F., Monacci, L. y Nieto, N. (2014). Entrevista con Alessandro Portelli: "No éramos diletantes, no éramos amateurs. Éramos profesionales pero fuera de lugar". *Aletheia*, 5(9). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/entrevista/entrevista-con-alessandro-portelli-201cno-eramos-diletantes-no-eramos-amateurs.-eramos-profesionales-pero-fuera-de-lugar201d>
- Contini, G. (1996). La memoria divisa di Civitella della Chiana – 29 giugno 1944 (luglio 1994). En L. Paggi (Ed.). *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifesto Libri.
- Hobsbawm, E. (1998). La historia de la identidad no es suficiente. En E. Hobsbawm (Ed.). *Sobre la historia* (pp. 266-276). Barcelona: Crítica.
- Jaschek, I. y Raggio, S. (2005). Historia y relato oral. Entrevista con Alessandro Portelli. *Puentes*, 15, 32-39. Recuperado de [www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/15puentes.pdf](http://www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/15puentes.pdf)
- Marini, G. (2005). Il Circolo Gianni Bosio. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino* (16-17). Recuperado de: [www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php](http://www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php)
- Portelli, A. (04.05.2006). Chi è Alessandro Portelli. Alessandro Portelli [Blog]. Recuperado de: [alessandroportelli.blogspot.com.ar/2006/05/chi-sono.html](http://alessandroportelli.blogspot.com.ar/2006/05/chi-sono.html)
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (Comp.), *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portelli, A. (1999). Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 4(10). Recuperado de [www.relaho.org/documentos/adjuntados/article/8/portelli1.pdf](http://www.relaho.org/documentos/adjuntados/article/8/portelli1.pdf)
- Portelli, A. (2002a). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 11-12. Recuperado de: [www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn11-12a07/1802](http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn11-12a07/1802)
- Portelli, A. (2002b). Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia postfascista. En E. Jelin y V. Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 165-190). Madrid: Siglo XXI.

- Portelli, A. (2004). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (2005). Il Circolo Gianni Bosio: una lunga passione. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino*, 16-17, "Giorni cantati. La seconda vita del Circolo Gianni Bosio." Recuperado de [www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php](http://www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php)
- Portelli, A. (2006). Otro 24 de marzo: masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Puentes*, 17, 53-60. Recuperado de: <http://www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/17puentes.pdf>
- Portelli, A. (2010). História oral e poder. *Mnemosine*, 6(2), 2-13. Recuperado de [es.scribd.com/document/123359222/Historia-Oral-e-Poder-Portelli](http://es.scribd.com/document/123359222/Historia-Oral-e-Poder-Portelli)
- Portelli, A. (2011). *They Say in Harlan County. An Oral History*. New York: Oxford University Press.
- Portelli, A. (2016a). La muerte de Luigi Trastulli (Terni 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (37-68). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016b). La batalla de Poggio Bustone. Violencia, memoria e imaginación en la guerra partisana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (143-156). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016c). Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (119-142). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016d). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Rosario-La Plata: Prohistoria-FaHCE.
- Walsh, R. (2007). Carta a Paco Urondo. En B. Urondo; G. Amato. *Hermano, Paco Urondo*. Buenos Aires: Nuestra América.

# “Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz

*Lorena Cardona González*

## **A treinta años del holocausto**

El 6 de noviembre de 2015 se cumplieron 30 años de la toma del Palacio de Justicia a manos del movimiento guerrillero 19 de Abril (M-19)<sup>1</sup> en el centro de Bogotá. Lo que pretendía ser un hecho de justicia y cuestionamiento al entonces presidente Belisario Betancur, por el incumplimiento de los acuerdos de paz de Corinto (24 de agosto de 1984), terminó convirtiéndose en una

---

<sup>1</sup> Según la propia reconstrucción histórica que hace Vera Grabe (2011): “La fecha tiene su origen en la Alianza Nacional Popular (Anapo), que surgió en 1962. Para las elecciones de 1970 era la tercera fuerza política del país. El general Gustavo Rojas Pinilla, fundador y jefe del movimiento, hablaba de la lucha del pueblo contra la oligarquía, y presentó un programa con puntos como la educación y la salud gratuitas, la nacionalización del comercio exterior, la elección popular de gobernadores, la distribución de tierras no cultivadas, el rechazo al control de la natalidad. El 19 de abril de 1970, por primera vez, la gente votaba por un candidato diferente al liberal o al conservador. Ese día los medios de comunicación transmitieron los resultados parciales de las votaciones, según los cuales Anapo ganaba hasta las seis de la tarde, cuando el gobierno suspendió el conteo público. Al día siguiente salió la noticia de la victoria del candidato conservador Misael Pastrana. Aun así, aseguró la tercera parte de las curules en las corporaciones legislativas. Al pueblo anapista no le cabía la menor duda del fraude y salió a la calle dispuesto a hacer respetar su triunfo. Por varios días esperó instrucciones de sus jefes, que nunca llegaron. Rojas no reaccionó, dudó y más tarde aceptó en privado su derrota. Este hecho dio el nombre al M-19, cuyos fundadores consideraron que la clase dirigente colombiana no iba a ceder su poder voluntariamente ante la sola decisión mayoritaria expresada democráticamente, que había que hacerla respetar con las armas si era necesario. De ahí el lema del movimiento: “Con el pueblo, con las armas, ¡al poder!” (p. 70).

de las acciones de mayor violencia y excesos de la fuerza pública en la historia reciente de Colombia.

La toma del Palacio de Justicia tuvo una duración de 27 horas en las que el grupo guerrillero tomó como rehenes a 350 funcionarios de la justicia, entre ellos magistrados, consejeros de Estado, empleados y visitantes. El 7 de noviembre, en medio de la incertidumbre y como producto de la negativa de diálogo por parte del gobierno, las fuerzas armadas colombianas entraron de manera intempestiva y provocaron un enfrentamiento de fuego cruzado en el que guerrilleros, militares y rehenes perdieron la vida. El saldo total de este operativo fue de 100 víctimas mortales, 12 de ellas magistrados de las altas cortes y ocho personas más que aún se encuentran desaparecidas y que fueron vistas salir con vida de la edificación.<sup>2</sup>

Esas jornadas del 6 y 7 de noviembre marcaron hondamente la memoria nacional. Aquellos días confirmaron a sangre y fuego las deficiencias de la democracia y la ausencia prolongada de otros interlocutores en el escenario político. Fue el paroxismo de décadas de violencia y enfrentamientos, de traiciones en conversaciones pactadas; la exhibición urbana de las hostilidades pretéritas, comunes y crecientes en los campos colombianos y la audacia desmedida de uno de los movimientos guerrilleros con mayor credibilidad y aceptación nacional de aquellos tiempos. Pero ante todo, fue un error de cálculo, una impericia operativa y estratégica, una búsqueda de respuestas basada en presupuestos y presunciones que dieron como resultado una de las mayores pérdidas en materia política e institucional que enfrentó Colombia en años recientes. En aquellos días fue duramente cuestionado el papel del Estado, el de las instituciones, el de los cuerpos militares, el de las organizaciones al margen de la ley y el de la sociedad civil misma; asimismo,

---

<sup>2</sup> El 23 de febrero de 2017, los restos de Emiro Sandoval, magistrado auxiliar de la Corte Suprema de Justicia, fueron hallados después de unas pesquisas adelantadas por la Fiscalía desde el año 2015. Las investigaciones con relación a los acontecimientos del Palacio fueron reactivadas ese año por orden de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la cual le exigió a Colombia continuar con la búsqueda de los desaparecidos y esclarecer lo sucedido los días 6 y 7 de noviembre de 1985 (Redacción Judicial, 2017). Hasta octubre del año 2015 el número total de desaparecidos era de 11 personas. En dicho mes, la Fiscalía declaró que se habían reconocido oficialmente los restos de tres mujeres, empleadas de la cafetería del Palacio y que habían sido vistas vivas después de la recuperación del edificio, y las personas identificadas fueron Cristina Guarín, Luz Mary Portela y Lucy Amparo Oviedo (Palomino, 2015).

fue la muestra más palmaria de que Colombia había llegado a uno de sus tiempos más oscuros.

Pocos días después de la toma, el 11 de noviembre de 1985, el grupo guerrillero emitió un comunicado titulado: *Declaración del M-19 ante el Holocausto en el Palacio de Justicia*. Esta fue la primera vez que este hecho fue denominado como “holocausto” y en la que las acciones del ejército fueron descritas como represivas y sangrientas. En uno de sus párrafos, el grupo insurgente calificó al dispositivo militar como una “operación de aniquilamiento masivo, de holocausto total y generalizado” (Movimiento 19 de Abril, 1985). El exabrupto, el asesinato, el incendio de la edificación y la muerte de buena parte de sus ocupantes consolidó la idea de que lo que había sucedido allí no fue la reivindicación “por los derechos del Hombre” —como originalmente se llamó al operativo—, sino por el contrario, fue el irrespeto y la violación de todos los derechos posibles en un mismo espacio.

‘Nuestra patria no merece ni resiste seguir así’ afirmaba el comunicado del M-19. ‘Por eso, y a pesar de la violencia cotidiana que azota a las grandes mayorías, *no salimos del asombro y del dolor por el sacrificio de más de cien colombianos en el Palacio de Justicia*. Por eso, en las luchas y en las demostraciones armadas de la rebeldía se abrazan los combatientes de la libertad con hombres y mujeres que, sin armas en la mano, levantan su voz de cordura, su reclamo de reformas sociales y su demanda de replantear a fondo el proceso de paz que aún no comienza’ (Movimiento 19 de Abril, 1985; las cursivas me pertenecen).

Este “holocausto”, distante en toda comparación, magnitud, geografía, especificidad, objetivos y víctimas del producido en Europa, es la forma como se recuerda ese quiebre institucional mediado por la violencia en uno de los tantos episodios del conflicto armado colombiano. Su cercanía con los crímenes del nazismo solo puede pensarse en relación con sus excesos, en su comparación con la violación de los derechos humanos, en la medida de los abusos a la institucionalidad; pero, sobre todo, en el carácter sacrificial de víctimas inocentes e inermes dentro del Palacio. Las súplicas desoídas del magistrado Alfonso Reyes Echandía invocando el cese al fuego y el “aniquilamiento del poder jurisdiccional de la República” (Movimiento 19 de Abril,

1985) fue lo que quizás habilitó la nominación y comparación de estos hechos bajo las semánticas del Holocausto. Su carácter político original pasó a un segundo plano y este fue conservado en la memoria nacional como herida y tragedia.<sup>3</sup>

Como punto de inflexión, este acontecimiento —con sus lecturas y consecuencias— ha puesto sobre la mesa de debate los alcances reales de las organizaciones guerrilleras y, de alguna manera, ha servido como espacio de reflexión para la construcción dialógica de la paz en Colombia. Cuestión que hace algún tiempo se acordó con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en La Habana y que en la actualidad trata de encontrar en sus antecedentes las maneras más apropiadas y consecuentes de llevar a cabo el posconflicto.

Con esta mira en el pasado, y a más de 25 años de la firma exitosa de la paz con el M-19, el gobierno ha vuelto a rescatar los logros en materia jurídica, legal y legislativa de dicho acuerdo. Sin embargo, este también ha sido el argumento de otros actores para poner en entredicho algunas de las salvedades y garantías otorgadas a sus exintegrantes en cuanto a su reincorporación a la sociedad civil, a su inclusión en el sistema político y electoral colombiano y, especialmente, a lo relacionado con la cesación de sus crímenes y prontuarios penales resueltos con la ley 77 de 1989, que estableció el indulto por los hechos cometidos antes de la fecha de abandono de las armas en 1990 (Grabe, 2011).

Precisamente en noviembre del año 2015, en el marco de la conmemoración por los treinta años del “holocausto” del Palacio de Justicia, el fiscal general de la Nación, Luis Eduardo Montealegre, ordenó la revisión de los indultos y amnistías a la cúpula del M-19 por los hechos del 6 y 7 de noviembre de 1985, argumentando que lo que se buscaba determinar era si tales prerrogativas “abarcaban delitos de lesa humanidad y crímenes de guerra que se hubieran podido cometer en el asalto al Palacio” (Redacción Judicial, 2015). Una de las personas citadas por la fiscalía fue Vera Grabe Loewenherz, integrante

---

<sup>3</sup> No obstante, este acontecimiento sirvió para producir otros cambios positivos. Uno de ellos fue la redacción y posterior ratificación de los acuerdos de paz con el M-19 y con otros grupos guerrilleros —Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT, Colombia)— en 1989; la entrega de las armas y la creación de la Asamblea Nacional Constituyente, la cual se constituyó como la primera carta legislativa hija de la paz y de la democracia en 1991. Alguna información de esta cita puede consultarse en Centro de Memoria y Paz (s. f).



y comandante de este grupo guerrillero, firmante de la paz y beneficiaria del citado indulto. En una entrevista otorgada el 11 de noviembre de 2015 a la W Radio, Vera Grabe manifestaba su sorpresa ante estas medidas:

*Vera Grabe (VG):* Pues primero es muy extraño... es como cuestionar una decisión, un fallo de la Corte Suprema de Justicia y dos es un proceso de paz acordado, es un proceso de paz de 25 años, hay cosa juzgada, y además es muy extraño que el fiscal, que está con la paz, empiece a revisar... eso de alguna manera plantea la pregunta: bueno, ¿uno firma la paz y en 25 años alguien revisa lo que se definió en un momento? En un contexto, en una época donde no había Corte Penal Internacional y... además los indultos fueron muy pocos, fueron cesación de procedimiento. Entonces, creo que es un poco extraño que eso se esté planteando de esta manera hoy.

*Periodista:* ¿usted siente que le están cambiando las reglas del juego de un acuerdo de paz que usted firmó hace unos años?

*VG:* Pues no sé si tanto cambiar las reglas del juego porque no creo que el fiscal llegue hasta ahí, pero sí creo que es extraño que se esté planteando esto... Además se plantea todos los años, esto no es nuevo. Ustedes que le hacen seguimiento, y que son los medios los que de alguna manera le dan como resonancia a este tema, saben que esto no es nuevo, esto se viene planteando hace rato. Todos los años, a comienzos de noviembre, vuelve el mismo tema (Grabe, 2015).

Varias eran las cuestiones que planteaba la intervención de Vera: una de ellas, que en medio de un proceso de paz con las FARC, el poder otorgar garantías y claridad a sus integrantes era un paso constitutivo de la confianza que se debía consolidar en un escenario de justicia transicional y de diálogo. La otra cuestión tiene que ver con las alertas que se deben tener en cuenta dentro de los procesos de paz, precisamente porque los “enemigos de los acuerdos” siempre buscarán minar la legitimidad de lo pactado así como impugnar por la ley o por la fuerza las concesiones producidas en un contexto de negociación, como sucede cada noviembre con los exintegrantes del M-19, a quienes se les cuestiona su papel dentro de los hechos del Palacio de Justicia, justamente cuando esta memoria se reactiva en Colombia.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> La totalidad de los guerrilleros que entraron aquel día al Palacio (35) murieron en la recu-

Vera Grabe es en la actualidad una de las mayores referentes de la paz en el país. Como fundadora del Observatorio para la paz en 1996 emprendió un camino de comprensión profunda sobre las formas de resolución de conflictos y, al mismo tiempo, elaboró una pedagogía de la paz —la *Pacicultura*— que establece algunas habilidades y lecciones para transformar cultural, política y socialmente a aquellas comunidades que han convivido con la violencia.<sup>5</sup> Estos emprendimientos, afirma Grabe (2011), fueron el resultado de años de lucha, de militancia, de construcciones paulatinas y meditadas sobre las formas de entender un país como Colombia; y, sobre todo, de la distancia que ella misma asumió después de dejar las armas y convertirse en una gestora de paz y promotora de convivencia ciudadana. La mayoría de las intervenciones de Vera Grabe en el ámbito público están relacionadas con sus apreciaciones y lecciones para la paz; sin embargo, la misma contradicción de haber construido esa paz a partir del recurso a la violencia y la guerra es lo que hace que su testimonio cobre singular importancia. Justamente, porque cada noviembre se reactualizan en el país las heridas del Palacio y queda el sabor amargo de la pérdida de vidas y la debatible justificación de la violencia para conseguir justicia y democracia en Colombia.

No obstante, esta vocación de paz, esta reflexión en torno a la igualdad y a la defensa de los derechos humanos no surgió en Vera Grabe a partir de su militancia en el M-19, a raíz de los hechos del “holocausto” del Palacio de Justicia o de la firma de los acuerdos en 1989. Esta forma de entender el país también está atravesada por otros factores: su educación, el contexto nacional en el que creció y por el que creyó que valía la pena combatir; y, sobre todo, por un antecedente migratorio que fue hijo de otro holocausto en Europa, el que vivieron sus abuelos y sus padres en Alemania en la Segunda Guerra Mundial; el mismo que los obligó a emigrar a Colombia en 1950 para empezar desde otra orilla, lejos de la guerra y la discriminación. Lo que encontraron

---

peración del mismo por parte del ejército; solo una integrante del M-19, Irma Franco, salió viva del edificio, pero hasta la actualidad permanece desaparecida. Para una ampliación de esta cita véase *El Tiempo* (2015).

<sup>5</sup> Bajo la denominación de *Pacicultura*, el Observatorio para la Paz (s. f.) establece un tipo de “innovación pedagógica que gira en torno a la identificación y desarticulación de violencias culturales en contextos cotidianos que atraviesan situaciones de emergencia, a la par de reactivar, fortalecer y potenciar las capacidades transformadoras a favor de la vida que tenemos los seres humanos”.

sus padres en el país fue otro escenario cargado de violencias partidarias y de hostilidades en los campos, de injusticias sociales y de una extendida pobreza en las ciudades. Aquello que para otros migrantes fue el sino del miedo y la indiferencia o la razón de un nuevo exilio, para Vera Grabe fue la razón de su lucha y su entrega por construir y construirse en otro país.

Estos y otros elementos figuran en su relato autobiográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011). Un testimonio a dos voces construido y pensado para ser legado y leído por su hija Juanita. Asimismo, es una escritora que busca establecer una relación con la verdad, un diálogo con el lector a quien interpela en una historia nacional, que al mismo tiempo es su historia personal, y que la sitúa como protagonista de los hechos que signaron a la Colombia de los años 70 y que la definen en la actualidad como mujer, madre y excombatiente. Los cruces con la guerra, la forma en la que elaboró su militancia desde una clave migratoria y su paso por la consolidación de un pensamiento de paz son los componentes que se desprenden de este texto.

## **El primer holocausto**

Vera Grabe Loewenherz nació en Bogotá en 1951. Su padre Werner y su madre Thea salieron de Hamburgo hacia finales del 50 con el propósito de establecerse en América y allí tener a sus hijos. “De algún modo esto nos trazó un destino marcado por un permanente pulso entre ser ciudadanos del mundo y la necesidad de echar raíces en algún lado” (Grabe, 2011, p. 24).

El contacto que tenían en Colombia era un tío músico que había logrado emigrar antes de la “Noche de los Cristales Rotos” y que incluso fue el único de sus tíos maternos que logró sobrevivir a la guerra y al nazismo. Tanto su madre como su padre tuvieron que soportar las duras condiciones y persecuciones en Alemania, y una vez terminada la

pesadilla de la Segunda Guerra Mundial, él y mamá comenzaron a buscar nuevos horizontes. Había dos opciones: Canadá o Colombia. Papá consiguió un contrato de trabajo con Camacho Roldán, una de las pocas fábricas de muebles que tenía Colombia entonces. Se embarcó en el puerto de Marsella en un carguero lituano rumbo a Buenaventura. Unos meses después, llegó mamá. Buscó apartamento, y apenas pudo, papá se independizó y montó su propio taller. Para ellos era empezar de nuevo. Con

ilusión renovada. Sin lastres. Sin sombras ni miedos. Construyeron un hogar nuevo en una tierra nueva, a punta de trabajo y esfuerzo. Un nido para que llegaran, ahora sí, los hijos, a enseñarles a volar en paz y armonía (Grabe, 2011, p. 25).

No obstante, esta fue una paz aplazada. Colombia no estaba exenta de conflictos, y mucho menos en los años 50, cuando la violencia partidaria se expresaba de forma radical y sangrienta en los campos y en las ciudades. La infancia de Vera Grabe fue vivida bajo la tensión de los conflictos internos y la comprensión que su familia alemana hacía de ellos.<sup>6</sup> “Al esculcar una caja repleta de recuerdos de mi mamá, encontré una cartica de mi hermana a la abuela que vivía en Hamburgo, fechada en 1961” (Grabe, 2011, p. 26). Helga tenía seis años:

(...) Querida Omi: ¿Cómo estás? ¿Cómo están los primos? Acá casi todas las noches ponen bombas. Antier pusieron cuatro. Mamá y yo oímos dos. Ayer echaron bala. Hoy estuvo Tomas, un amigo nuestro, donde nosotros y cuando mamá lo quiso llevar a casa, escuchó otra, entonces se volvió de una a la casa. Muchas saludes y muchos besos de Helga (...) (Grabe, 2011, p. 26).

Si bien Colombia era el país que los había recibido, la formación de Vera estuvo signada por la moderación y la prudencia. Esto quería decir que los asuntos nacionales no eran de su incumbencia, o bien debían ser asumidos con una distancia en la que no se vieran involucrados sus criterios o sus opiniones:

Claro que no era igual a lo que habíamos vivido en Alemania -seguía mamá-, y aunque nos mantuviéramos al margen de la política, percibíamos que había poca libertad, que teníamos que cuidarnos de cuanto hablábamos y con quién, de criticar lo que no nos gustaba, porque éramos extranjeros. No nos podíamos meter en los problemas del país, tampoco nos correspondía. Éramos huéspedes. Habíamos sido acogidos por un país que nos recibió con generosidad, donde se nos trataba bien, donde se

---

<sup>6</sup> Los cruces de la violencia en Colombia con la vida de los sobrevivientes del Holocausto es un tema recurrente en sus relatos testimoniales y novelados. La violencia ha funcionado, en algunos casos, como un elemento dinamizador de sus narrativas, y ha posibilitado hacer una construcción de lo local a partir de la mirada extranjera de los sobrevivientes. Una ampliación de este tema aparece en mi tesis de maestría, Cardona, 2015.

nos respetaba. Estábamos agradecidos y contentos de poder vivir y soñar en Colombia (Grabe, 2011, p. 26).

Sin embargo, omitir esta realidad o eludir lo que pasaba en Colombia no era sencillo, más aún cuando la violencia era cotidiana y las injusticias, palpables. Estos cambios se sumaron a las profundas transformaciones que se dieron a finales de los años 60 en América Latina y a las pulsiones por asumir un compromiso activo con la compleja realidad colombiana. Irónicamente, siendo estudiante del Colegio Andino de Bogotá, su profesor de Historia y Literatura fue quien le brindó el primer escenario de pensamiento crítico sobre la realidad nacional.

Era curioso que un profesor de Literatura e Historia, socialdemócrata alemán, fuese quien le abriera los ojos a un grupo de jóvenes colombianos. Los jóvenes latinoamericanos éramos una esperanza para él, y su inmenso amor por Colombia y por América Latina también se debía al futuro que veía en este continente atormentado y tormentoso. Creamos la posibilidad de un núcleo de discusión sobre la realidad latinoamericana y colombiana. Todos los que estuvimos allí, salimos a diversos quehaceres, pero con compromiso. Coincidió con la alfabetización que nos correspondía dar en los últimos años del bachillerato, en el barrio Juan XXIII, arriba en la loma de la calle 63 de Bogotá. La experiencia nos abrió los ojos de cara a una realidad injusta y contradictoria: un barrio de invasión arañando un peladero a cincuenta metros de los barrios de clase media alta de Chapinero (Grabe, 2011, p. 54).

A partir de 1970 las elecciones y decisiones de Vera Grabe la harán vincularse cada vez más con Colombia. En primera instancia, su inscripción a la carrera de Antropología le brindará otro acercamiento en campo al universo de exclusiones y marginalidades, no solo en el reconocimiento de la situación de las comunidades indígenas, sino también del grado de abandono de muchas poblaciones en las que incluso, por ausencia del Estado, otros grupos y organizaciones suplieron necesidades básicas como la nutrición, el suministro de servicios, la construcción de infraestructura o la misma educación.

Ahí estaba la síntesis del abandono: las barrigas hinchadas, las enfermedades producto de la desnutrición, el trabajo precario, el endeudamiento

para adquirir los bienes de los blancos, la pérdida de la propia cultura, y además todos los niveles de racismo entre la misma gente, entre indígenas, mestizos y negros... La conclusión obvia era que solo si cambiaban las estructuras sociales y políticas que sostenían y fomentaban estas situaciones, podía mejorar la vida de la gente. Eso significaba derrocar el sistema, y para ello no había otro camino que las armas. Después de recorrer la región, no me quedó la mínima duda (Grabe, 2011, p. 49).

El segundo escenario de compromiso se hizo desde otra geografía; esta vez Alemania fue el lugar en el que Vera se pensó a sí misma en relación con Colombia. Europa aún vivía los efectos de mayo del 68 y sus ámbitos universitarios eran espacios fértiles de debate sobre los desmanes del colonialismo, las nuevas formas de lucha en América Latina o los avances militares en Vietnam. Este viaje confrontó a Vera en dos sentidos; inicialmente, con las reales necesidades de su país y con la búsqueda concreta de soluciones:

Lo central era el debate político sobre la reforma y la política educativas, sobre el poder y la ideología: fundamental para quienes habían crecido allí y vivido el movimiento, pero ajeno para mí. Las lecturas fueron claves, pero todo me sonaba a una revolución que se iba en echar discursos. Fue el argumento para no hacer el mínimo esfuerzo por integrarme a la nueva realidad. Y como suele pasarnos a quienes venimos de otras tierras, me sentía totalmente invisible frente a los jóvenes alemanes que hablaban y pisaban duro. Todos parecían tan seguros de sí mismos. Nuestra formación era muy distinta, nos acercábamos de otra manera a los demás, más cautos, más tímidos, más modestos, más suaves. Y en ese país todo estaba tan hecho, tan organizado, que yo ni le quitaba ni le ponía. Alcancé a acariciar la idea de dar clases de alemán a emigrantes de habla hispana, pero por encima de todo soñaba con la Revolución, la nuestra, esa sí de verdad, que estaba más allá de los mares, donde hay que luchar de verdad, porque esto acá es pura revolución de lujo (Grabe, 2011, p. 52).

Pero también, con el legado de sus padres y su historia en Europa, que fue reconstruyendo en el camino de su militancia, en los encuentros temporales y accidentales de su accionar ideológico con los traumas de su familia, o en el

cruce de situaciones compartidas que le fueron configurando el sentido de sus orígenes y la dirección de sus convicciones.

La ida a Alemania no me sirvió para un título universitario ni para casarme con un europeo, que era el sueño secreto de un papá tolerante, pero con paradojas como todos. Me sirvió para saber que, a pesar del origen y la educación, Alemania no era lo mío, y descubrir por fin mis orígenes. Nunca dejaré de agradecer a la tía Selma, hermana de mi mamá, que me ayudara a conocer la historia y a hacer conciencia de la guerra padecida por mis padres, la Segunda Guerra Mundial y el horror del nazismo. Este pasaje oscuro de la humanidad lo hemos visto hasta la saciedad en cine, pero es distinto saber que es parte de la película de la propia vida. Remueve y desata algo muy, muy adentro (Grabe, 2011, p. 52).

*El silencio de mi cello. Razones de vida* no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia; es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que asumió al haberse comprometido con el país. *Razones de vida*, como ella misma lo expresa, es una

historia llena de las paradojas que trae la vida y una búsqueda de consecuencia en actos, pensamientos y sentimientos, con las implicaciones, los encuentros, alegrías y hallazgos, pero también las ausencias, dolores y soledades que esto tiene para una mujer de nuestro tiempo (Grabe, 2011, p. 21).

Esta no es de ninguna forma una narrativa convencional sobre la historia de la “subversión”, los procesos de paz o sobre la migración en Colombia. Por el contrario, es una memoria que, como afirma Portelli (2016), “busca poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan” (p. 477); es un documento que trasciende las formas de pensamiento sobre lo nacional y se inscribe en otros acontecimientos y en otras experiencias. Es interesante destacar que dentro de las entrevistas y debates a los que usualmente se ve convocada Vera Grabe, a nadie parece interesarle los efectos que tuvo sobre ella el origen migratorio de sus padres o las marcas que dejó en ellos el nazismo. Estos son componentes que aparecen de forma directa e indirecta en el relato, y probablemente no se hubiera podido acceder a esa memoria familiar si ella no lo hubiera puesto en palabras en su relato o si sus padres no se lo hubieran transmitido de las formas menos comunes, es decir, dentro de su involucramiento con la militancia y con el país.

En esta parte no me aguantó las ganas de comentar dos escenas que vivo con cierta frecuencia. En una alguien me pregunta si soy de origen alemán y yo digo que sí. Acto seguido alguien me dice, medio en broma, medio en serio: Ah, aria pura, viva Hitler, lo cual obviamente me irrita. En la otra escena, más frecuente, alguien me pregunta por qué mis padres fueron a dar precisamente a Colombia, y yo respondo que cansados de alemanes, de guerra y de nazis. Ante lo cual siempre surge inevitable ah, ¿son judíos? Y yo nunca sé qué decir.

Vine a conocer costumbres, cantos y candelabros de siete brazos en libros, películas y casas de amigos, cuando ya era grande. De manera que siento que no es lo mío; pero tampoco lo niego. Mi madre fue criada en los valores cristianos, y frente a esto de nuevo alguien seguramente diría que su familia era de conversos... Lo que me pregunto una y otra vez es por qué la necesidad de calificar a la gente por los mismos parámetros que usaron mentes enfermas de resentimiento y odio para eliminar a millones de personas, judíos y también no judíos, es decir, todo el que fuera distinto. Mentes que negaron el amor y destruyeron los sentimientos. ¿Tiene sentido definir a los seres humanos en términos de quebrados, decir que alguien es 3/4 no ario = judío, o viceversa? ¿Y que cualquier variación de ese porcentaje en cualquier dirección (ario, mestizo, judío



por nombre u obligado a ponerse nombre judío, creyente o no, bautizado) le determine a un ser humano sus posibilidades de vivir, o siquiera de sobrevivir? ¿Acaso la identidad no es en el fondo una búsqueda, una apuesta por la diferencia? Y, ¿esas definiciones no tienen que ver más bien con una cultura y una religión que las personas asumen? Lo único que siempre reafirmé en este inevitable debate es cuánto detesto todo tipo de discriminación, y no dejan de asombrarme quienes ayer fueron perseguidos y luego hayan adoptado las conductas de sus perseguidores. Tal vez por ser una mezcla de tantas cosas y -como dice una amiga- por sentir que tengo abuelos en todo el planeta, me parece que uno de los peores inventos humanos es querer definir y clasificar a la gente, meterla en cajones (Grabe, 2011, p. 53).

Sin embargo, el acceso a este tipo de memorias no se dio de manera única o consecuente; para que una memoria traumática aparezca han tenido pasar, en torno a ella, años de silencio y omisiones, tiempos de habla y tiempos de escucha. La memoria y el olvido dialogan constantemente dentro del texto, incluso su forma de expresión es fruto de la distancia, la espera y los momentos de introspección. En 1994, cuando Vera Grabe fue nombrada consejera para los derechos humanos en la embajada de Colombia en España, comenzó a construir este relato: “Quise aprovechar la oportunidad de colocar un océano entre lo hecho y lo que está por hacer, entre afectos ciertos y mundos inciertos por conocer, entre el duelo y el renacimiento, entre una tribu de años y la soledad” (Grabe, 2011, p. 21).

En esos años se restableció el contacto con su familia de Hamburgo, se anudaron los reencuentros, pero al mismo tiempo, los enfrentamientos con el pasado:

En 1994, de visita en Alemania, fui con mamá al sitio donde había estado preso el abuelo en Hamburgo. Ahora es un museo que rinde homenaje a las víctimas del nazismo. Mamá iba con el corazón apretado. No era un edificio grande, y empezamos a recorrerlo buscando el nombre del abuelo entre la gente que decían había pasado por este lugar. Frente a las listas de nombres y nombres sin fin, sentí el desasosiego de mamá porque el nombre de su papá no aparecía. Sin embargo, allí tenía que estar. Final-

mente, después de una hora de búsqueda, por fin lo encontró, y suspiró. No era una reconciliación con la historia, pero su cara reflejaba algo parecido al alivio. Por lo menos su nombre formaba parte de este sobrio y escueto homenaje (Grabe, 2011, p. 54).

Conrad Loewenherz era miembro de una familia de artistas, narra Vera en sus memorias; había sido soldado en la Primera Guerra Mundial y condecorado por su valor en combate. En el año 1943

llegaron unos hombres, allanaron su casa, se lo llevaron y lo encerraron en la cárcel policial de Fuhlsbüttel, en la ciudad de Hamburgo. Apenas en mayo la familia recibió cartas suyas, en las que pedía algo de ropa, los animaba a ser fuertes mientras estuvieran separados, y les pedía que movieran cielo y tierra para que, por Dios, no le quitaran el permiso de trabajo, y pudiera demostrar que era un buen ciudadano y padre de familia. El único delito del que podían acusarlo era amar a su familia y ser uno de los mejores músicos de Hamburgo. Les reiteraba su esperanza de que pronto se verían de nuevo. Agradecía los paquetes con comida, les contaba que el trabajo al aire libre le hacía bien y que comía con apetito, sólo lamentaba que ellos se privaran de comida por enviársela a él. Luego, cuando sintió que no había esperanza, escribió para pedirles que enfrentaran lo que viniera con entereza y valor, que siempre se mantuvieran unidos y vivieran con la certeza de su amor (Grabe, 2011, p. 53).

Conrad fue trasladado a Auschwitz y murió a finales de ese año:

Para la condena bastó el apellido Loewenherz, que traduce Corazón de León, nombre compuesto que automáticamente lo clasificaba de “norario”. En un papel consta que los miembros de esta familia eran 3/8 arios, clasificación tan humillante como criminal y absurda. Seres humanos medidos por fracciones. ¿Alguien la entiende y me la puede explicar? ¿Qué es eso: raza, cultura, calidad humana? En todo caso era una clasificación que equivalía a la condena a muerte. Sin más. Un día no lo volvieron a ver pasar. Al poco tiempo recibieron una notificación en la cual se hacía constar que “el trabajador C. L., residente de la ciudad de Auschwitz, había fallecido a causa de un paro cardíaco, en 1943”. De dos de

sus hermanos, Bertha y Bernardo, sólo supieron que los llevaron a otro campo de concentración, en Theresienstadt (Grabe, 2011, p. 55).

También figuran relatos de persecución y confinamiento de su familia paterna. Su abuela Johanna Grabe se refugió en un hospital judío y sobrevivió porque se hizo pasar por enferma; a su padre le fue retirado su permiso de trabajo y lo obligaron a barrer calles como trabajo forzoso (Grabe, 2011). Incluso su madre no pudo estudiar música porque aquellos que no pudieran demostrar su pureza racial no podían aspirar a ser artistas. Muchos de ellos sobrevivieron gracias a la ayuda de otros familiares y a la solidaridad de vecinos que los ocultaron y ayudaron a conseguir comida.

Vera plantea esta historia a modo de una metáfora, en la medida en que se fue reconstruyendo como un rompecabezas armado por partes y fragmentos. En ese proceso

se explicaban los silencios de papá y mamá, sus preguntas mal contestadas, su desconfianza y escasa vinculación con la colonia alemana. Frases de papá como: ojo con el fanatismo, no hay peor enfermedad que el nacionalismo ciego; o de mamá: no hay derecho a que quienes han vivido la persecución hagan lo mismo con otros pueblos (Grabe, 2011, p. 56).

“Tal vez, inconscientemente, quise dejar atrás la historia de mi familia”, afirma Vera. Sin embargo, lo que se compartió bajo la forma de valores —el respeto a la diferencia, el repudio a cualquier forma de discriminación o injusticia, la razón por encima de los apasionamientos, la exigencia y la conciencia social— fueron los elementos que modelaron no solo la visión que Vera Grabe elaboró de Colombia, sino también la manera en la que ella misma estableció los lineamientos de su lucha.

Si ellos fueron víctimas de un régimen y de una guerra, seguramente por esos profundos mandatos o resortes que nos impulsan, algo me llevaba, no sólo a querer tomar mi destino en las manos, a evitar que otros manipularan mi vida, sino a no aceptar la quietud ante situaciones injustas, cuando se percibe un tufo del irrespeto, el desconocimiento, la sumisión, el desprecio a la gente (Grabe, 2011, p. 56).

## Confrontaciones y militancias

La emergencia y el proceso de creación de los movimientos insurgentes en América Latina estuvieron inspirados y determinados en general por los logros y conquistas de la revolución cubana. No obstante, como afirma Eduardo Pizarro (1989), el proceso de surgimiento de una guerrilla de inspiración comunista en Colombia fue fruto de otras confrontaciones y disputas. Los primeros núcleos guerrilleros respondieron a un proceso de autodefensa surgido en los campos colombianos como respuesta a las hostilidades partidarias y a la escalada de violencia que arreciaba en las ciudades a fines de la década del 40.<sup>7</sup> Estos grupos insurgentes tuvieron un periodo “heroico” de desarrollo entre 1949 y 1966 que coincidió con las primeras formas de resistencia armada en el país, pero aún carentes de un “proyecto político orientado a la conquista del poder” (Pizarro, 1989, p. 4). A finales de los años 60 aparecieron en el espectro nacional una amplia gama de organizaciones guerrilleras con una configuración social distinta: algunas provenientes del sector urbano (el MOEC, el ELN, el PCML, las FALN, el M-19) y con una orientación foquista y voluntaristas, mayormente articuladas con proyectos y partidos políticos y con fuertes bases sociales. Sin embargo, a pesar de que Colombia se constituyó como uno de los pocos países de América Latina en donde sobrevivió el proyecto insurgente, fue también el país en el que ninguna de sus organizaciones (el ELN, el EPL y las FARC) “pudieron transformarse en un factor de poder alternativo como ocurriera en Cuba y en Nicaragua” (Pizarro, 1991, p. 5).<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Según la ampliación de Pizarro (1989) “Las zonas en donde emergerá la resistencia comunista contra la violencia oficial a fines de la década de los años cuarenta, poseían ya una larga tradición de lucha y organización. Durante los años veinte y treinta se presentaron tres tipos de conflictos agrarios, según Pierre Gilhodés: los relativos a las condiciones de trabajo en las haciendas, sin que se tocara, al menos inicialmente, la cuestión de la propiedad de la tierra: los conflictos relacionados con la propiedad de la tierra, mediante el cuestionamiento de los títulos de propiedad; y finalmente, las disputas relacionadas con la problemática de las comunidades indígenas (por ejemplo, la recuperación o la defensa de las tierras de los resguardos). Estas diversas reivindicaciones llevaron a numerosos núcleos campesinos e indígenas a defender sus intereses mediante la creación de ligas y sindicatos, en los cuales no faltaría la decisiva influencia del pensamiento socialista o del agrarismo revolucionario, gracias a la actividad desplegada inicialmente por el Partido Socialista Revolucionario, por el Partido Agrario Nacional de Erasmo Valencia, por la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR.), de Gaitán, y posteriormente por el Partido Comunista” (p. 5).

<sup>8</sup> MOEC: Movimiento Obrero Estudiantil Campesino; ELN: Ejército de Liberación Nacional; PCML: Partido Comunista de Colombia marxista-leninista; FALN: Fuerzas Armadas de

Las razones que esgrime Pizarro (1991) para explicar este fenómeno responden a varios elementos:

la enorme dispersión del movimiento guerrillero que se dividió y se subdividió en múltiples corrientes antagónicas a lo largo de casi tres décadas; a su poca capacidad de convocatoria con amplios sectores del país para conformar un movimiento de liberación nacional, a la prolongación del conflicto interno y a la criminalización de sus prácticas, y como último elemento, al vaciamiento político de sus consignas y a la creciente aplicación de modalidades delictivas para financiarse (secuestro, extorsión) que debilitaron sus márgenes de legitimidad al caer en el remolino de las múltiples violencias sin un perfil diferenciador claro y contundente (pp. 4-5).

Este proceso de desgaste y de ilegitimidad al que llegaron las organizaciones subversivas también coincidió con el surgimiento y recrudecimiento de otras violencias, como lo fue el nacimiento de los grupos paramilitares y de autodefensa, el accionar criminal del narcotráfico y la guerra de carteles a partir de los años 80, en las que estas también se vieron involucradas. En el año 2015, cuando se habían cumplido 25 años de la firma de los diálogos de paz con el M-19, Vera Grabe manifestaba, en una entrevista al diario *Las 2 Orillas*, el acierto de esa paz en un momento tan decisivo para el país.

Colombia es un país complejo, con muchas violencias, muchas guerras cruzadas y la paz no es la panacea ni la varita mágica. Pero hubo algo de sentido de oportunidad... la paz del M-19 fue oportuna. Menos mal nos salimos de la guerra. El M-19 mostró que la paz no es solo negociación, también es decisión de renuncia a la guerra. Además, nos salimos de ese enredo, de todas esas mezclas y mutaciones que tiene hoy la lucha armada. Creo que es esencial haber demostrado que no solamente es un cambio para la paz, sino la paz como una posibilidad de cambio (VC, 2015).

Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años, muchas acciones y muchos desencuentros para que Vera Grabe viera en el presente las bondades de

---

Liberación Nacional; ELN: Ejército de Liberación Nacional; FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

una paz que ella sentía como imposible e inútil en momentos pretéritos en los cuales la democracia y la justicia se entendían y se practicaban bajo la lógica de las armas en Colombia.

‘La tuya es una generación de paz’, le escribe Vera su hija ‘La mía también lo fue, aunque de otra manera. La paz tiene tantas caras como épocas. También entonces la paz y la libertad estuvieron presentes. Movilizaron por igual a *hippies* y a guerrilleros. Unos dijeron no a la guerra. Los otros abrazaron las armas contra formas ancestrales de violencia. Todos lo hicieron como una gran entrega de amor. Ese amor unos lo ejercieron en cada acto cotidiano. Otros en la política y la lucha por una sociedad justa. Paz y libertad también se vivieron en la música, en el amor. Todos reivindicaban el derecho a la felicidad. Para unos era vivirla; para otros una utopía por alcanzar, así no fuera para sí mismos (Grabe, 2011, p. 39).

Esta utopía, esta búsqueda de la felicidad o del bienestar ofrecido fue en una primera instancia la forma como el M-19 se presentó ante la sociedad colombiana. Esta organización no solo revolucionó la forma en la que se llevaba a cabo la insurgencia armada en Colombia: también fue un grupo que se destacó por su audacia, espontaneidad y creatividad. Los actos del M-19 estaban siempre signados por el desafío, la burla y la muestra de resultados políticamente situados.

El verdadero sentido de nuestro trabajo lo descubrimos el 17 de enero de 1974, cuando un grupo de compañeros sacó la espada del Libertador del olvido.<sup>9</sup> Llevaba ahí siglo y medio y era el símbolo de una lucha que había quedado pendiente, porque si bien había acabado la dependencia de España, a nuestra nación le queda aún mucha libertad por ganar. El abrebocas del operativo fue una creativa campaña de medios (según el

---

<sup>9</sup> El 17 de enero de 1974, el grupo guerrillero M-19 extrajo de la casa-museo Quinta de Bolívar de la ciudad de Bogotá la espada del Libertador. Después de haber sido guardada y custodiada por múltiples personalidades, entre las que se destacan algunos poetas y escritores colombianos, la espada finalmente fue entregada al gobierno cubano en 1980. Una vez firmada la paz con el M-19, el excomandante guerrillero Antonio Navarro Wolff, la devolvió el 31 de enero de 1991 a la misma casa-museo. Para más información se puede consultar Molano Jimeno (2010).

propio gremio, revolucionó la publicidad en Colombia), en la que durante días se publicaron avisos de pie de página en los principales periódicos anunciando la llegada del M-19, un remedio contra la falta de memoria, de energía, la pereza, los parásitos, la vagabundería. Luego, el manifiesto que proclamaba: “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”, quedó en el lugar de la espada y fue distribuido por otros compañeros en la toma simultánea del Concejo de Bogotá. Así nació para el país el Movimiento 19 de Abril (Grabe, 2011, p. 69).

Eran acciones que criticaban duramente otras organizaciones de izquierda, pero que ellos mismos justificaban como una estrategia para hacer sentir su cercanía con la gente y con sus problemas diarios. En este sentido, se volvió común ver en los medios sus actos justicieros: las tomas de fábricas y colegios, las acciones para repartir juguetes, chocolates y leche en los barrios pobres de Bogotá. Algo que fue rápidamente calificado de populismo y asistencialismo de base.

La izquierda lo calificaba como puro populismo, no le veía sentido porque “esa no era manera de resolver el problema”. Pues claro que no, pero a la gente le gustaba, sentía que había un grupo que no sólo hacía discursos lejanos, sino que se ocupaba de sus problemas cotidianos. Hacíamos presencia, y la lucha armada dejaba de ser algo distante para mostrar un camino al alcance del pueblo (Grabe, 2011, p. 100).

Incluso un acto de debatibles consecuencias políticas como fue el ajusticiamiento del líder sindical José Raquel Mercado a principios del año 76 (a quien acusaban de haber traicionado la voluntad de las centrales obreras, trasgredido las luchas del movimiento y tener, inclusive, conexiones con la CIA) fue el que consagró al M-19 como una organización efectiva en sus demandas y concreta en sus acciones militares. Cuando Mercado fue sentenciado y asesinado “respondíamos a la necesidad histórica de justicia, así paradójicamente no fuera el final positivo que, incluso, a través de las armas queríamos darles a nuestras acciones” (Grabe, 2011, p. 91). Claramente, este nivel de contundencia política los sacaba del referente intrépido y aventurero de sus primeras acometidas y los insertaba estrechamente con otras modalidades de lucha —en este caso, las armadas:

Creo que para la mayoría de los militantes éste fue el primer encuentro con la muerte, la constatación de que la lucha armada tiene consecuencias, que combatir a un régimen violento no sería un paseo. Y si bien nuestras armas buscaban poner fin a esa violencia ancestral, su uso significaría más violencia: la de un pueblo cansado de injusticias, humillaciones y exclusiones. Una cosa era pensar en la lucha armada y otro vivir a fondo lo que ella implica, que es la posibilidad de matar y morir (Grabe, 2011, p. 91).

No obstante, estas demostraciones de violencia y estos desafíos al *statu quo* no quedaron únicamente en manos de las organizaciones insurgentes. A partir del año 78 el proceso de insurrección y la escalada armada iban en ascenso; para poder hacer frente a estos hechos, el presidente Julio César Turbay inauguró su mandato decretando algunas disposiciones que buscaban endurecer las sanciones contra “el orden público y la Justicia Penal Militar quedó encargada de conocer los delitos políticos a través de juicios orales” (*El Tiempo*, 2010). Este fue finalmente conocido como el Estatuto de Seguridad Nacional —decreto 1923 de 1978— y originó en Colombia una de las mayores oleadas de represión militar y política, no solo aplicable a organizaciones guerrilleras: dentro de estas disposiciones también cayeron artistas, escritores, organizaciones sociales, defensores de derechos humanos, y todo aquello que tuviera o se enmarcara dentro de la “oposición”. En aquellos años, el entonces ministro de Defensa, general Luis Carlos Camacho Leyva, pronunció unas palabras que tradujeron el clima de disputas y confrontaciones que se vivía en Colombia: “ármese quien pueda” (Grabe, 2011).

El Estatuto de Seguridad y el desafío del ministro Leyva condujeron al M-19 a asestar un duro golpe a las Fuerzas Armadas en sus propios predios. Después de haber cavado un túnel de más de ochenta metros que conducía a la sede de la XIII Brigada de las Fuerzas Armadas —mejor conocido como el cantón norte—, el grupo guerrillero logró extraer un numeroso arsenal militar de sus instalaciones.

En la madrugada del primero de enero de 1979, nuestros infatigables topes dejaron de decir “tierra” para gritar “aire”. El túnel desembocaba en un enorme galpón lleno de cajas con armas y munición de las Fuerzas



Armadas. En una carrera contra el tiempo, aprovechando el fin de año, los compañeros estuvieron saque y saque armas, hasta 5.700, entre ellas el fusil del cura Camilo Torres. Armas para dar y convidar, para armar a toda la guerrilla colombiana y latinoamericana. Para ayudar a los sandinistas, que estaban en la última etapa de su ofensiva revolucionaria (Grabe, 2011, p. 109).

Si la forma de interpretar y contestar a las nuevas medidas del Estado era con armas, el M-19 respondió: “Señor Ministro: usted dijo ármense. ¡Y lo hicimos!”. Sin embargo, la afrenta no quedó allí: la respuesta del ejército “fue inmediata y contundente” (Grabe, 2011, p. 110). Desde el mes de enero se extendieron intensos operativos de captura a los integrantes del M-19. En las ciudades se desplegaron bloques de búsqueda hasta que fueron capturando uno a uno a sus dirigentes: Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, Carlos Pizarro, Andrés Almarales, Israel Santamaría, Gerardo Ardila, entre otros. Todos fueron sometidos a feroces torturas antes de ser conducidos a las cárceles.

## **Prisión y tortura**

Habíamos leído los relatos de Julius Fucik, un patriota checo de la resistencia contra los nazis. Advertía que el enemigo aplicaría enfrentar al detenido con un interrogador duro y otro blando, que combinaría tortura física y psicológica, tan terrible la una como la otra ... Pero ahora, con todo y advertencias, a la hora de la verdad, una cosa es la teoría, y otra bien distinta, inimaginable, es vivirla en carne propia (Grabe, 2011, p. 111).

El 26 de octubre del 79, frente del Concejo de Bogotá, fue capturada Vera Grabe:

“Esa es, la mona. ¡Cojan a esa hijueputa!”. Eran cuatro civiles, me agarraron, me metieron en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja, me esposaron, y arrancaron a toda velocidad, hacia un sitio que pensé eran los sótanos del DAS.<sup>10</sup> Me pasó por la cabeza una película del pasado, presente y futuro incierto, a toda velocidad. Dos cosas sentía con

---

<sup>10</sup> Departamento Administrativo de Seguridad.

nitidez: que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en ésta no me quedaba (Grabe, 2011, p.114).

Antes de la reforma constitucional de 1991, el periodo de tiempo en el que se podía disponer de un preso era de diez días. Este tiempo habilitaba a que la policía cometiera sobre los reos conocidos e imputados, vejámenes y arbitrariedades procedimentales.<sup>11</sup> Todas las personas capturadas dentro de las disposiciones del Estatuto de Seguridad fueron sometidas a tortura y a extenuantes jornadas de interrogación, y sobre todo, esta fue aplicada en aquellas personas que estaban presuntamente acusadas de “sedición y rebeldía”:

Todo es como una película en la que un montón de escenas se superponen, se juntan, se invierten, sin saber qué es primero y qué después. Todo está diseñado para debilitar el cuerpo, mediante el dolor, el hambre, la sed, el cansancio, y la mente con preguntas, humillaciones, amenazas, chantajes... Lo único claro para mí es que la oscuridad, la debilidad, los golpes y vejaciones van en aumento, mientras el cuerpo lo siento cada vez menos, sin noción de espacio o tiempo. También tengo claras las sensaciones de frío de las celdas en las caballerizas, de la desnudez, del contacto de mis pies desnudos cuando me sacan de noche a caminar al aire libre, sobre pasto, barro, piso de cemento. Es como si siempre hubiera otro frío más grande, en una escala hacia el infinito. Y diez mil veces las mismas preguntas, gritos e insultos, en un vértigo de nunca acabar (Grabe, 2011, p. 116).

En esta parte del relato aparecen dos elementos importantes: la exhibición pública de su identidad como guerrillera y la revelación de su militancia a sus padres. No obstante, esto ocurriría de una forma dolorosa y sumamente compleja para Vera Grabe.

---

<sup>11</sup> Artículo 28 de la Constitución de 1886: “Aún en tiempo de guerra, nadie podrá ser penado *ex post facto*, sino con arreglo a la ley, orden o decreto en que previamente se haya prohibido el hecho y determinándose en pena correspondiente. Esta disposición no impide que aún en tiempo de paz, pero habiendo graves motivos para temer perturbación del orden público, sean aprehendidas y retenidas, de orden del Gobierno y previo dictamen de los Ministros, las personas contra quienes haya graves indicios que atentan contra la paz pública” (p. 225).

Me dicen que tienen a mi papá, que lo están maltratando. Me sacan a la ventana, y de lejos veo a mi papá, un hombre canoso, entonces de 66 años, con unas gafas oscuras, parado entre dos militares. ¿Ve lo que pasa por no querer usted hablar? Si no habla, le va a pasar lo mismo a él. Jamás he sentido rabia igual, y mayor es mi silencio. Papá nunca me va a contar qué le pasó allí, tal vez para evitarme más dolor (Grabe, 2011, p. 118).

Días después, retenida en el cuartel militar Rincón Quiñones, Vera logra escribirle a su padre:

Noviembre 11 de 1979

Papi: Estoy bien. Por fin me dan un pedazo de papel para escribir. Por favor, te pido perdón por causarte tantas preocupaciones. Pero creo que ahora por lo menos se acaba tanta mentira y tanto misterio. Podemos hablar de todo abiertamente y estoy segura que todo lo vas a entender. Todo lo he hecho por ideales, y por eso no tiene que darte pena de tu hija. Y como ya te he generado líos, por favor no te metas en gastos de abogado. Tengo que responder por lo que hago y ya aparecerá un abogado amigo. Mil gracias por lo que me enviaste. Y por tu ayuda. Me alegra poderte ver aunque me da un poco de miedo. Te abrazo con fuerza. Vera (Grabe, 2011, p. 119).

En respuesta recibió, finalmente, su visita:

Se descorría un velo, lo que no lo hacía feliz, pero le daba nuevas certezas. Me estrechó la mano, me felicitó y me dijo: Únicamente quiero saber si es verdad lo que dicen, que eres oficial mayor del M-19. Sí, papá, es verdad -le dije. Pues me siento orgulloso de ti, hija: has vivido y hecho en tus pocos años tres o muchas veces más de lo que yo he podido hacer en toda mi vida. Y cuando me miró más en detalle, agregó: Y yo que no te creía que eso también pasa aquí. Es igual que bajo los nazis, como si lo hubieran aprendido de ellos... (Grabe, 2011, p. 120).

Como se ha mencionado, la reconstrucción de un relato —en este caso familiar—, no siempre se hace de modo continuo y directo (Portelli, 2016). Basta un recuerdo, una asociación o, en extremo, una experiencia perversa para que emerjan las más imprevisibles reminiscencias. Una cosa es convivir con un

relato de horror, y otra distinta es compartir en vivencia y cuerpo una historia de horror. Es interesante entonces observar, una vez que la vida de Vera Grabe se cruzó con la hostilidad y la represión policial, cómo fueron surgiendo los cruces narrativos con su padre y cómo se fueron compartiendo otras historias de familia en la semejanza de sus prácticas y horrores. Terminada la fase de tortura, Vera es llevada a la cárcel de mujeres El Buen Pastor de Bogotá, y en su reclusión surgirán otras experiencias y revelaciones: “el reencuentro con los míos, ser motivo de su orgullo, su alegría y certeza, pero también de su dolor” (Grabe, 2011, p. 121).

Y ahí estaba papá. Siempre. No fallaba, salvo que estuviera enfermo o muy cansado. Con comida para todas. En la mayoría de las casas, era la mamá, la abuela o la hermana quien se encargaba de preparar la comida dominguera para la visita. En la mía, los sábados por la noche papá se ponía el delantal y a cocinar lo que más le gustaba a la hija. Lo calentaba el domingo temprano, lo echaba en un gran termo, y madrugaba a hacer cola. Entraba risueño contando cómo la gente ya lo conocía: Las guardianas me saludan muy amistosamente: señor G., cómo me le va, ya ni me requisan los canastos... Herr Grabe -así le decían las compañeras- saludaba a todo el mundo, y como cada cual recibía su visita, buscábamos una parcela de prado para sentarnos a conversar (Grabe, 2011, p. 126).

Su patio de reclusión estaba asignado para las “políticas”, muchas de ellas militantes de otras “organizaciones subversivas” como el ELN y el EPL. Según lo describe Vera, este era un patio en el que las condiciones no eran tan difíciles y las coincidencias ideológicas hacían que la estadía fuera más leve, o al menos más digna. Allí se rescataban aspectos como la solidaridad, la concordia y la búsqueda de un trato más humano entre presas y vigilantes, situaciones que también eran compartidas en los mismos escenarios de visita:

No sé si otros lo hayan vivido igual, pero el reencuentro de cada uno con su gente fue una liberación. Con la familia, los amigos, los vecinos. Para papá fue la recuperación de su hija, para mí la de mi papá. Por fin me pude quitar la capucha frente a él, ya no había secretos (...). Con esa inmensa capacidad que tenía para ver la esencia de las cosas, papá un día me dijo: Cómo es la vida: para recuperar a mi hija, ahora tiene que estar

encerrada... Y añadió, con ese humor malicioso que era tan suyo: Así por lo menos no se me vuela... Ahora cotorreábamos todo el tiempo.

(...) Me contó de su juventud siendo socialista, de sus ilusiones de pelear por causas justas, de las frustraciones de toda una generación que también quiso cambiar el mundo. Todos los fines de semana llegaba con cuentos nuevos. Cada vez más orgulloso y asombrado de la simpatía que se palpaba por el movimiento. Me contaba cómo la gente lo felicitaba y le decía querer hacer contacto con el Eme. Y yo ¿qué hago, cómo los organizo, qué les propongo? También hablaba de algunos alemanes y cierta gente que intentan tratarlo de pobrecito o que torcían la cara para otro lado, como diciendo “ese señor tan decente, y ahora padre de una subversiva”. Voy y los frenteo, les doy la mano, a ver qué dicen. Por lo general no saben qué hacer, porque esperan ver a un padre avergonzado o vergonzante, y los desconcierta verme seguro, comprensivo y apoyando a mi hija. Y cuando hacen la pregunta típica -¿pero por qué?- yo les digo: ella sabe lo que hace (Grabe, 2011, p. 131).

A partir de su reclusión, su madre desde Hamburgo y su padre en Colombia comenzaron a hacer todo tipo de gestiones para sacarla de la cárcel. Apelando a su condición de ciudadana de origen alemán establecieron contactos con la embajada, con parlamentarios socialdemócratas, con el Instituto de Estudios Latinoamericanos, incluso con el Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn (Grabe, 2011). En la búsqueda de su libertad se puede ver, a partir de sus intercambios epistolares, el grado de zozobra y desasosiego de sus padres.

Queridas Thea y Helga:

A propósito de la embajada alemana. Acabo de venir de allá, me acompañó Bettina, que se compromete tanto, me asombra que siga habiendo tanta gente con ideales. Quien nos saludó fue un primer secretario, ahora muy amable después de que al comienzo cuando la torturaron casi me echa con palabras como que el embajador tenía cosas más importantes que atender. Hoy hablamos con el encargado de negocios, muy abierta su actitud, agradable sorpresa. El embajador también es muy cordial, dice que hacen lo que pueden. Se mueve en la medida en que llegue algo de allá. Al parecer sí ha habido presión, porque hacen esfuerzos. La semana

pasada fueron a verla, prometieron volver a ir. Dicen que ojalá no la vinculen al consejo de guerra, eso complicaría la gestión. Por favor, escribe a todas las instancias que puedas, y si toca al mismo canciller, para que acá no se cansen. Por lo visto tus cartas ya han movido cosas. Veré si puedo arreglar lo del pasaje, me gustaría ir contigo a Bonn a hablar con esa gente. Cuando escribo así con palabras bruscas, es la rabia que me da porque no veo que las cosas avancen. Pero no te preocupes, soy amable.

Te envié el informe de Vera, para que lo puedas usar. No tienen que sentir ninguna vergüenza de Vera, se lo pueden contar a cualquiera.

Siempre van muchos amigos.

Ahora entiendo por qué todo este tiempo estuvo tan callada y reservada, qué fuerte tiene que ser esa muchacha para comportarse así frente a la gente que quiere. Yo admiro esa actitud, si ustedes sienten lo mismo, les ayudan mucho.

Les escribo esto, para que estén más tranquilas.

Es importante que allá sigas moviendo todo lo posible. La Cruz Roja también se ocupa de ellos, los franceses también, falta que los alemanes sigan metiendo la ficha.

Thea, seguimos peleando, muchas saludes, Werner.

Mi Helga, mil besos, te abraza tu Papi (Grabe, 2011, p. 127).

Esta lucha se extendió todo el año en el que Vera estuvo presa. No obstante, la organización no renunció a sus consignas, y mucho menos se resignó a tener toda su dirigencia recluida. En un acto de protesta por la violación a los derechos humanos y en procura de establecer una negociación con el gobierno para liberar a los presos políticos, el 27 de febrero de 1980 el M-19 tomó la embajada de República Dominicana. Aprovechando la fecha de su independencia y conociendo la presencia de otros embajadores dentro del recinto,<sup>12</sup> el “grupo subversivo” entró a las instalaciones exigiendo la libertad de 300 de sus compañeros y una suma de 50 millones de dólares. “Al domingo siguiente papá llegó tempranísimo. Traía una rosa roja de regalo: Es el símbolo de los

---

<sup>12</sup> Dentro del grupo de secuestrados había 16 diplomáticos de distintos países, entre ellos: Austria, Brasil, Costa Rica, República Dominicana, Egipto, El Salvador, Perú, Guatemala, Haití, Israel, México, Suiza, Estados Unidos, Uruguay, Venezuela y el Nuncio Apostólico. Una ampliación de este suceso puede consultarse en Baldrich (2015).

socialistas europeos, quiero felicitarlos. Todo el mundo soñaba con la pronta libertad” (Grabe, 2011, p. 138).

Sin embargo, la negativa del Estado de negociar y de liberar a los presos fue dilatando y achicando las demandas.

Se empezó a hablar de listas más reducidas: que salieran los principales militantes de todas las organizaciones guerrilleras. En realidad, este tira y afloje sólo ocurría en nuestras mentes, porque durante algún tiempo las negociaciones no iban para adelante ni para atrás (Grabe, 2011, p. 139).

Más allá del fin inmediato, que era la libertad de todos, el alto mando militar cambió su estrategia y propuso una instancia mucho más desafiante para el gobierno: desistir de la entrega de los presos a cambio de una tregua y una salida negociada al conflicto.

Jaime Bateman, el comandante del M-19, dijo: si el problema en Colombia son los derechos humanos, la falta de democracia y la necesidad de la paz, que rebasa la problemática de los presos políticos, lo que más nos interesa no son los presos políticos, sino encontrar una salida nacional. Propuso un diálogo que comenzara con una reunión en Panamá, con participación de representantes políticos, sindicales, populares, de organizaciones de derechos humanos, etc. Por primera vez en la historia moderna de Colombia, una organización guerrillera levantaba la bandera de la paz y de la negociación como salida al conflicto, y fue bien recibida. Además, había aparecido el informe de Amnistía Internacional que ponía en evidencia la violación sistemática de los derechos humanos y hacía una serie de recomendaciones al gobierno, para que restableciera las garantías ciudadanas. El gobierno se quejó, como siempre, y descalificó el informe. Pero el prestigio internacional del gobierno estaba afectado y ante la oferta de paz se vio obligado a deponer su intransigencia (Grabe, 2011, p. 135).

La liberación de los rehenes se dio dos meses después, el 25 de abril de 1980, en La Habana. Si bien el propósito inmediato de la toma —la liberación de sus integrantes— no fue efectivo, este acto político posibilitó tres cosas: la primera, la iniciativa de paz del M-19; la segunda, su exhibición en el ámbi-

to internacional —que la catapultó como una guerrilla abierta y consecuente con otros movimientos en América Latina—; y la tercera, la búsqueda de soluciones combativas, que dio como resultado la planificación de la toma del Palacio de Justicia, que no tuvo un fin tan prometedor.

## **El segundo holocausto**

A fines de 1980 Vera Grabe estaba en libertad y lista para otra misión. El M-19 demandaba mayor presencia en otros escenarios, y qué mejor estrategia que promover y conectar sus ideales y propuestas con otros grupos insurgentes de América Latina y el mundo. En su salida del país se hizo consciente de otros procesos y reivindicó que la lucha excedía no solo las fronteras ideológicas, sino también las geográficas. En el transcurso de tres años Vera recorrió diversos países estableciendo relaciones políticas y militares con Cuba y Nicaragua; fue redactora de un periódico en México; se movilizó junto con otros militantes por Panamá y tuvo varios encuentros con el general Omar Torrijos. En este camino conoció y se solidarizó con otras organizaciones que estaban siendo fuertemente perseguidas, en especial las del Cono Sur, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y Montoneros de Argentina. Conoció de cerca otros procesos combativos —en El Salvador a partir de sus conexiones con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)—, e incluso estuvo presente en varios encuentros que tuvo el M-19 con la Yamahiriya Libia Árabe Socialista que dirigía el entonces coronel Mu'ammarr al-Gadafi.

Debíamos convertirnos en embajadas alternas, difundir y ganar gente para nuestro proyecto político y la propuesta de paz, ayudar a la comprensión de la realidad de nuestro país y explicar por qué un régimen formalmente democrático pero excluyente y represivo no dejaba otro camino que abrirles paso a tiros a la democracia y a la paz (Grabe, 2011, p. 156).

Una vez concluido este periodo internacional, Vera regresó a Colombia y se enroló en su última fase con el M-19, la combativa y militar:

La consagración como dirigente guerrillera implicaba mínimo una temporada en el monte. Era bueno ponerme por un tiempo el uniforme, ob-



servar una disciplina, y ser parte de un cuerpo con vocación de poder. Estaba expectante de un feliz y arduo aprendizaje. Si hubiera que resumir esta etapa, diría que las palabras claves fueron: guerreros de ese tiempo, paisajes incomparables, afectos indestructibles, liderazgos forjados a pulso, sentido de cuerpo -cuerpo humano, cuerpo de combate, cuerpo de pueblo-, poderío y vocación de poder (Grabe, 2011, p. 216).

“Por la paz a luchar y a vencer. Por la paz haremos hasta lo imposible, hasta la guerra” (Grabe, 2011, p. 248). Este fue el lema que acompañó al M-19 durante los primeros años 80. El hermetismo político nacional que se ceñía a una democracia restringida y poco participativa fue el argumento nodal de esta organización para abrir espacios de diálogo dentro de las mismas lógicas de la guerra. Este choque de fuerzas, y sus consecuentes desmanes militares, provocó algo que en sociología del conflicto se denomina “empate negativo”, es decir, “que ni el Ejército pudo derrotar a la guerrilla, ni la guerrilla pudo derrotar el Ejército, a pesar de la superioridad de este último” (Pizarro, 1991, p. 4). Una vez llegada esta fase de desgaste —también conocida como de “insurgencia crónica”— ambos enemigos, en este caso el Estado y el M-19, pudieron llegar a una tregua, o lo que León Zamosc definió, para la guerrilla colombiana, como la búsqueda de una “negociación colectiva a través de la turbación del orden público” (citado por Pizarro, 1991, p. 4). Los acuerdos de paz entre el M-19 y el gobierno ocurrieron el 24 de agosto de 1984 en el municipio de Corinto, al sur del país. Dos eran las bases de esta negociación: el cese bilateral del fuego y la búsqueda conjunta de una salida política al conflicto.

Empero, “esta tregua siempre tuvo un dedo flojo en el gatillo”, como afirmaría Vera Grabe. Los enfrentamientos y persecuciones por parte del Estado se siguieron dando. El operativo que el ejército desplegó para asesinar a las fuerzas en tregua se llamó “operación Garfio”. Cada vez más, las negociaciones se dilataban y el interés del gobierno y de los partidos políticos era menor. “Aquella paz armada, como en aquel tiempo se le denominó al proceso, tenía muchos enemigos en el Estado” (Grabe, 2011, p. 268). El resultado de esta paz traicionada y burlada fue, sin lugar a dudas, la toma del Palacio de Justicia.

Hablar desde la más alta Corte de Justicia en Colombia, desde su propia casa, era un reconocimiento al Estado en la medida en que la aceptába-

mos como órgano independiente, al cual nos someteríamos. Si por algo se nos debió haber juzgado, fue por creer en la eficacia y el respeto real y simbólico de la Corte Suprema de Justicia, como bastión de justicia y seguridad, para que el país conociera el porqué del silenciamiento del diálogo. Por creer que la Corte Suprema de Justicia tenía igual consideración y respeto como reserva moral y democrática del poder público, en el conjunto del Estado (Grabe, 2011, p. 288).

En materia de presencia urbana, la guerrilla colombiana tuvo un nivel de articulación marginal en proporción al grado de acción y penetración que consiguió en los campos (Pizarro, 1991). Salvo en contadas ocasiones, como sucedió en la toma de la embajada de la República Dominicana, en la que las contingencias se resolvieron “pacíficamente”, el resto de incursiones subversivas en las ciudades estuvieron enmarcadas en la violencia y, en los últimos años, configuradas en las lógicas del terrorismo.

La toma del Palacio de Justicia se basó en el supuesto del M-19 de que si habían logrado avanzar en términos de paz con un presidente marcadamente inflexible como fue Julio César Turbay, no había razón para no tener éxito con un “humanista” como era Belisario Betancur.<sup>13</sup> Una cuestión es una embajada, otra muy distinta es el “Palacio de Justicia, que es la antesala de otro palacio: la Casa de Nariño”. Este es el título del libro del ministro de Gobierno de aquellos años, Jaime Castro, quien afirma en su texto que lo que implicaba para el gobierno la toma del Palacio iba más allá de un juicio político al presidente; representaba de la manera más clara y extrema, la toma del poder: “ese [fue] el mayor reto y el mayor desafío que la subversión había formulado en toda su historia al Estado colombiano” (Castro, 2011, p. 3). Las cuestiones acerca de la culpabilidad y responsabilidad por los excesos sucedidos allí es algo que pesa en la mayoría de los exintegrantes del M-19, y que ha puesto en entredicho el papel del gobierno y sus fuerzas militares a

---

<sup>13</sup> Además de ser reconocido como abogado y político conservador, Belisario Betancur se ha destacado como un asiduo promotor de la democracia y la cultura. Asimismo es autor de una rica bibliografía que versa sobre temas como la educación, la economía y la sociología. Es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes, de la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia Colombiana de Jurisprudencia y la Academia Colombiana de Historia. Algunos aspectos referentes a Belisario Betancur en Aunión (2007).

la hora de hablar de paz y derechos humanos en la actualidad. No obstante, los militantes del M-19 pensaban, en aquel tiempo, que esta era la única y posible salida al conflicto.

Eran las once y media de la mañana del seis de noviembre de 1985 y estábamos en los ejercicios preparatorios para la toma de Urrao [Antioquia] cuando se armó el alboroto... Un comando del M-19 se había tomado el Palacio de Justicia (...) Pero a las pocas horas el rumbo de las noticias cambió. A las dos de la tarde la noticia era: ‘Un tanque está subiendo las gradas del edificio, derribó la puerta y entró disparando al edificio’. Como la radio no da imágenes, nos llegaban noticias cortadas, gritos, entrevistas, comentarios confusos, y no entendíamos nada de lo que estaba pasando. ¿Y qué podíamos hacer?

Después aparecieron las listas. Se hablaba de más de cien personas muertas, entre magistrados, abogados, guerrilleros, funcionarios, empleados, visitantes. Un nombre. Otro. Unos muertos, otros desaparecidos. Ningún compañero se había salvado, porque seguro ninguno se quería salvar.

Después se hizo silencio. Sólo hubo silencio. Un silencio que cubrió a todo el país. Silencio de muerte multiplicada. Una campana de humo y silencio. Preguntas en el aire. Sólo preguntas. Ninguna respuesta. ¿Quién decidió qué? Manojos de culpas... ¿Qué pasó allí? ¿Dónde quedó la gente?... ¿Quiénes salieron? ¿Qué pasó con los desaparecidos que fueron sacados vivos? En el aire sólo quedó flotando el mandato desatendido por el gobierno: el grito de Reyes Echandía pidiendo: ‘¡Por favor, diálogo, que cese el fuego!’ (Grabe, 2011, p. 292).

Después de la toma, tuvieron que pasar cuatro años más para que la paz con el M-19 pudiera concretarse. Hubo cese de hostilidades, entrega de armas y reinserción en la vida civil. Políticamente se logró ampliar el espectro electoral y el M-19 pasó de ser una organización guerrillera a convertirse en un partido político —Alianza Democrática M-19—, con una amplia acogida en sus primeros años de ejercicio. Se convocó a elecciones y ganó la iniciativa popular de conformar una Asamblea Nacional Constituyente para modificar la Carta de 1886; incluso posibilitó la exitosa campaña presidencial de uno de sus excomandantes, Carlos Pizarro, quien fue asesinado en abril de 1990

a manos del paramilitarismo. Las traiciones de aquella paz no terminaron; sin embargo, las armas ya estaban entregadas y nadie quería volver al monte.

El Palacio sería el espejo profundo en el cual deberíamos mirarnos siempre de nuevo, todos. Demandando a mano armada el incumplimiento de los pactos de paz, defendiendo la democracia, maestro, muérase quien se muera; haciendo rehén a la justicia para hacer justicia, disparándole a la justicia para salvarla; asaltando las instituciones para enarbolar nuestros ideales y nuestras verdades, recuperando a sangre y fuego las instituciones, así ellas se destruyan; poniendo la razón de la lucha por encima de toda consideración, poniendo las razones de Estado por encima incluso del propio Estado... Y todos desoyendo la única voz cuerda y humana, la voz de la vida clamando en la persona del magistrado Echandía: “¡Por favor, que cese el fuego!”... Y sin embargo, el fuego no cesaba porque no había quien se atreviera a dar la orden. Como las llamas, el enfrentamiento iba devorando la razón misma de su origen; como el humo, el enfrentamiento, en su incontrolable desorden, llenaba todo y desalojaba cualquier finalidad que no fuera él mismo. Pizarro decía: “En Palacio perdimos todos, perdió la paz, perdió la justicia”. Luego diría que la operación desde el comienzo estaba condenada al fracaso porque no había con quién hablar, y que el problema de la paz es construir interlocutores (Grabe, 2011, p. 336).

## **Reflexiones finales**

Son variados y extensos los componentes que integran la obra *Razones de vida* de Vera Grabe. Una vida entregada a la insurgencia y a la paz comporta múltiples aristas para ser abordada y analizada en sus aparentes contradicciones. No obstante, el enfoque que se adopta aquí busca reflexionar sobre dos cruces: uno construido como legado, que tiene que ver con los orígenes alemanes de Vera y la experiencia traumática de sus padres en Europa, víctimas del Holocausto; y un segundo cruce, construido como militancia, que la vinculó a ella dentro de las dinámicas del país en los años 70 y 80 como integrante del M-19, y que bajo el manto de aquellas acciones nos invita a meditar sobre otro “holocausto”, alejado en principio y contenido del nazismo, pero cercano políticamente a Colombia y a su historia con el conflicto armado.

Este es un documento que plantea una reflexión diversa sobre las formas de leer la guerra, en la voz y escritura de una mujer comprometida con un “ideal de país” que en la actualidad es pensado y definido bajo las gramáticas de la paz. Un texto fruto de la distancia, los espacios y las percepciones, pero ante todo un documento que nació, como ella lo define, en paz. Este también es un texto de confrontaciones, de relatos construidos en la distancia y en el sosiego. Como bien mencionamos, ninguna historia de vida pretende la exhaustividad o la coherencia, y la historia de Vera Grabe, en este caso, no es una excepción. Por su puesto, esta es una mirada personal sobre sí misma y sobre la insurgencia en Colombia, la cual asistió a múltiples cambios y redefiniciones, en unos años —los 70 y los 80— más signados por las consignas democráticas reivindicadas por medio de la guerra, y en otros —finales de los 80, principios de los 90— enarbolados bajo los principios de la paz y el diálogo: un camino que han recorrido otras organizaciones armadas en Colombia, y que también incluye a las FARC y su reciente firma de la paz.

Esta obra, a modo de autobiografía, también pone en tensión otros acontecimientos internacionales, como la Segunda Guerra Mundial y sus efectos en Colombia, por medio de la voz de sus víctimas, quienes han traído el relato del Holocausto y los crímenes del nazismo. Sus memorias traumáticas también han posibilitado desarrollar nuevas perspectivas a nuestro proceso de paz y comprender, en alguna medida, la razón de nuestras lacerantes violencias. Aquel primer Holocausto que, paradójicamente, se reescribe en la vida de Vera Grabe, es también la puerta de entrada a otro holocausto, más local y distante, pero que comparte con el europeo una memoria sangrante e incómoda en cada decurso nacional.

El fin del conflicto con el M-19 fue un antecedente crucial para la resolución de los presentes litigios con la guerrilla de las FARC y sus correlativos desafíos en materia de justicia, legalidad y reincorporación a la vida civil. No obstante, como bien afirma Grabe, los valores de la democracia, que extensamente se reivindican en Colombia, fueron también los que la impulsaron a ella a concebir una paz individual que, en sus palabras, “le retornó su rol de mujer, hija y madre” (Grabe, 2011, p. 316). En este camino surgieron revelaciones, complicidades y memorias como las de sus padres, una vez que regresó a Hamburgo; o como las del Palacio, cuando se enfrentó con la sociedad colombiana que aún respira por aquella herida y la interpela cada noviembre.

Este es un texto de enfrentamientos y disputas, tal vez por ello interesante. Una mirada que, a pesar de haber sido construida entre océanos y años, sigue siendo vigente en un país que en la actualidad busca una salida a más 60 años de violencia y conflicto.

En 1995, a cinco años de haber fundido nuestras armas y a diez de la tragedia, escribimos una carta. Y hubo diferentes reacciones. A algunos de los compañeros de armas de otras épocas no les gustó, y hubo indignación porque no teníamos por qué pedir perdón por algo que no hicimos, porque la responsabilidad verdadera no era la nuestra. Por parte de los familiares, algunos supieron recibir el gesto, otros aún se reservan el derecho al rencor, a la rabia, al pasado.

‘... pedimos perdón a las víctimas de esta tragedia, a sus familiares y amigos, por la parte de responsabilidad que nos correspondió. Entonces dijimos que: ‘la batalla del Palacio de Justicia tocó las fronteras del absurdo, lesionando a todo el país. En ese *holocausto* perdimos todos’ (Grabe, 2011, p. 294; las cursivas me pertenecen).

## Referencias bibliográficas

- Cardona, L. (2015). Sobre ciertas cosas que no se pueden nombrar: La Representación del Holocausto en Colombia (1976-2015). Tesis de Maestría en Historia y Memoria. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1163/te.1163.pdf>
- Castro, J. (2011). *Del Palacio de Justicia a la Casa de Nariño*. Bogotá: Aguilar.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.
- Observatorio para la paz. (s. f). *Pacicultura en emergencia*. Recuperado de <http://www.observpaz.org/#!pacicultura-en-emergencia/iz96k>
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966). *Análisis Político*, 7, 3-35. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis07.pdf>
- Pizarro, E. (1991). Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia. *Análisis Político*, 12, 4-23. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis12.pdf>

Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones.

### **Prensa**

Aunión, J. A. (27 de julio de 2007). La Menéndez Pelayo premia el humanismo de Belisario Betancur. *El País*. Recuperado de [http://elpais.com/diario/2007/07/27/sociedad/1185487208\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2007/07/27/sociedad/1185487208_850215.html)

Baldrich, A. C. (6 de febrero de 2015). La toma de la Embajada 35 años después. *Revista Credencial*. Recuperado de <http://www.revistacredencial.com/credencial/noticia/actualidad/la-toma-de-la-embajada-35-anos-despues>

Centro de Memoria y Paz (s. f.). *Los procesos de paz con el M-19, el EPL, el Quintin Lame y el PRT desde 1989 a 1991*. Recuperado de <http://centromemoria.gov.co/los-proceso-de-paz-con-el-m-19-el-epl-el-quintin-lame-y-el-prt-desde-1989-a-1991/>

Molano Jimeno, A. (15 de agosto de 2010). El robo de la espada. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/el-robo-de-espada-articulo-219336>

Movimiento 19 de Abril (M-19) (11 de noviembre de 1985). *Declaración del M-19 ante el Holocausto del Palacio de Justicia*. Bogotá: CEDEMA. Recuperado de <http://www.cedema.org/ver.php?id=2651>

*El Tiempo* (24 de septiembre de 2010). Turbay dicta polémico Estatuto de Seguridad. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4169210>

*El Tiempo* (30 de octubre de 2015). Irma, la guerrillera que salió con vida. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16417819>

Palomino, S. (20 de octubre de 2015). Identificadas tres víctimas por la toma del Palacio de Justicia de Colombia. *El País*. Recuperado de [http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/20/actualidad/1445373175\\_406700.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/20/actualidad/1445373175_406700.html)

Redacción Judicial (10 de noviembre de 2015). “Pues que revisen”: Navarro Wolff sobre estudios de indultos al M-19. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/temadeldia/pues-revisen-navarro-wolff-sobre-estudio-de-indultos-al-articulo-598304>

Redacción Judicial (23 de febrero de 2017). Aparecieron los restos de Emiro Sandoval, víctima del Palacio de Justicia. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/aparecieron-los-restos-de-emiro-sandoval-victima-del-palacio-de-justicia-articulo-681419>

VC, A. (9 de marzo de 2015). “Menos mal nos salimos de la guerra”. *Las 2 Orillas*. Recuperado de <http://www.las2orillas.co/menos-mal-nos-salimos-de-la-guerra-vera-grave/>

### ***Entrevista***

Grabe, V. (11 de noviembre de 2015). *Vera Grabe cuestiona decisión del fiscal Montealegre*. Entrevista con la W Radio. [Audio podcast]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=9NmVG7BHx0M>

### ***Leyes y decretos***

Constitución Política de la República de Colombia (1886). Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea.

Decreto Legislativo 1923 de 1978. *Por el cual se dictan normas para la protección de la vida, honra y bienes de las personas y se garantiza la seguridad de los asociados*. Diario Oficial N.º 35.101 de 21 de septiembre de 1978. Recuperado de [ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/decreto/1978/decreto\\_1923\\_1978.html](ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/decreto/1978/decreto_1923_1978.html)

Ley 77 de 1989. *Por la cual se faculta al Presidente de la República para conceder indultos y se regulan casos de cesación de procedimiento penal y de expedición de autos inhibitorios en desarrollo de la política de reconciliación*. Diario Oficial N.º 39.116 de 22 de diciembre de 1989. Recuperado de [ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/ley/1989/ley\\_0077\\_1989.html](ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/ley/1989/ley_0077_1989.html)



## Sobre los autores

### **María Lucía Abbattista**

Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde se desempeña como docente e investigadora. Maestranda en Historia y Memoria y doctoranda en Historia de la UNLP, donde investiga sobre las políticas educativas y culturales antagónicas del peronismo en los años 1973-1976. Con diversos intereses sobre la historia reciente argentina, trabajó en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, fue becaria del CONICET y forma parte del equipo voluntario del sitio Casa Mariani-Teruggi. Integra el Proyecto “La represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral” y el Grupo de Trabajo de CLACSO “Derechos Humanos, luchas y territorialidades”.

### **Victoria Álvarez**

Profesora de enseñanza media y superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata y doctoranda en Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la UBA y se desempeña como docente en la misma universidad. Participó de la investigación del documental “Campo de batalla. Cuerpo de mujer” (Álvarez, 2013). Se especializa en el pasado reciente argentino y en los estudios de género y ha publicado artículos en torno a esos temas en Argentina y en otros países de Latinoamérica.

## **Axel Binder**

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de la Patagonia (UNP), doctorando en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Miembro del Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (INSHIS). Co-autor del libro *Diario del Juicio: La Masacre de Trelew 40 años después* (2015) e integrante de proyectos de investigación sobre memoria de la clase obrera y sobre archivos y actividades de información e inteligencia. El tema principal de investigación es la historia social del Noreste de Chubut, analizando su conflictividad, la transformación de su estructura económico-social y la configuración represiva local. Paralelamente a esta línea de investigación, que tiene como hito central el “Trelewazo” de 1972, se encuentra trabajando en la conservación y clasificación de la serie documental “Prontuarios Policiales del Chubut” cedidos por la Subsecretaría de Cultura de Chubut al INSHIS.

## **Eleonora Bretal**

Licenciada en Sociología (FAHCE/UNLP). Magíster y Doctoranda en Ciencias Sociales del Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES), investiga temas acerca del mundo del trabajo y la historia reciente. Integrante de dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP): “Cambios y continuidades en el sindicalismo argentino 1955-2010” y “Archivos policiales e historia social del trabajo. El archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el estudio de la clase obrera en el Gran La Plata (1957-1976)”. Docente de la cátedra Sociología General (FAHCE/UNLP) y de la cátedra Historia Social General (FBA/UNLP). Miembro del Comité Editorial de la revista *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*.

## **Lorena Cardona**

Licenciada en Sociología y Magister en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata. Doctoranda en Historia de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Integrante del Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH)

de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET).

### **Yazmin Conejo**

Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), México. Maestranda en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Integrante del proyecto de investigación “Violencia, literatura y memoria en el campo literario latinoamericano de las últimas décadas” (FAHCE- UNLP. Periodo 2014-2018).

### **Patricia Flier**

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora y miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET). Directora del Doctorado en Historia y Prosecretaria de Relaciones Institucionales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Profesora Titular la cátedra Historia Social Argentina FAHCE/UNLP y Directora del proyecto “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina”, Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Periodo 2018/2022. Directora del Programa Interinstitucional de Investigaciones: “Migraciones, Exilios, Refugios” con sede en la UNLP, Argentina.

### **Anabella Gorza**

Doctora y Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Es becaria posdoctoral de CONICET y realiza sus investigaciones en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG) de la FAHCE-UNLP, donde ha participado en proyectos de investigación sobre género y modernización en Argentina, y en proyectos de extensión sobre historia de las mujeres y género. Es editora de sección en la revista *Descentrada*, Revista interdisciplinaria de feminismos y género

(CInIG-IdIHCS- FaHCE-UNLP), y cuenta con trabajos en revistas académicas con referato. Investigadora participante del proyecto Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Período 2018/2022 y del Núcleo de Estudios Judíos (NEJ), perteneciente al IDES-CONICET.

### **Andrea Raina**

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Doctoranda en Historia (UNLP), investiga temas de historia reciente Argentina, especialmente en el campo de las militancias políticas. Es docente en la Cátedra Historia Social Argentina (FAHCE/UNLP) y Fotógrafa. Integrante del Proyecto de investigación: “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina” (FAHCE, UNLP Período 2018/2022). Y del proyecto: “Historia, memorias y representaciones del pasado reciente: Gubernamentalidades, violencia política y derechos humanos” (FHUC, UNL. Período 2017-2019). Miembro del Comité Editorial de *Aletheia*, Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FAHCE, UNLP.

### **Javiera Robles Recabarren**

Profesora en Historia por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), Diplomada en Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL-UCH) de Chile. Maestranda en Historia y Memoria de la UNLP y doctoranda en Historia (UNLP/ CONICET-IIGG) en el marco del programa con Países Latinoamericanos de CONICET. Investiga temas sobre historia reciente, militancias políticas y comunismo en Chile desde una perspectiva de género.

**Pasados Presentes** es una colección que incluye temas y problemas de la Historia Reciente de América Latina y de Europa. Se preocupa por dar cuenta y por rescatar las preguntas que el presente le realiza al pasado. Preguntas que, tratadas interdisciplinariamente, nos convocan a problematizar nuestras certezas historiográficas al tiempo que nos incitan a realizar una profunda reflexión teórico-metodológica, condición que caracteriza a este campo de estudios en consolidación.

**Historias detrás de las memorias** es un libro coral que reflexiona sobre diferentes acontecimientos y experiencias históricas abordadas bajo la perspectiva de la Historia Oral. Un ejercicio colectivo fruto de varios aprendizajes, a medio camino entre seminarios, encuentros, traducciones, lecturas compartidas y análisis metodológicos que vincula múltiples miradas y trayectorias sobre la historia reciente. A su vez, este es un texto que enmarca, en varios significantes, la diferencia. Por un lado, analiza el impacto de la obra y el trabajo de Alessandro Portelli en La Plata y en sus oyentes, entre los que se encuentran los autores de este libro. Y por el otro, este es un texto que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidadas o a delimitaciones geográficas y temporales. Por lo tanto, los capítulos son mirados en tanto relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegia diferentes temáticas como la Resistencia, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en la militancia; las historias Incómodas, en el sentido que éstas exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror y, finalmente, se relevan las historias Representativas, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo.



ISBN 978-950-34-1604-4